

Entre abrojos y trigales

(Poesía religiosa)

Jorge Antonio Doré

Índice de los poemas

- | | | | |
|-----|---|------|------------------------|
| 6- | Buen pastor | 67- | Solve et coagula |
| 7- | Combate | 69- | Abominación desoladora |
| 9- | Confabulación | 70- | Custodios |
| 11- | De ahora en adelante | 71- | ¿Hasta cuándo? |
| 12- | Divinas palabras | 73- | Cuesta arriba |
| 13- | El último sagrario | 74- | ¿A dónde vas? |
| 15- | En alto | 75- | Tú eres |
| 16- | Escribid | 76- | Tu fe |
| 17- | Hora íntima | 77- | Fidelidad |
| 18- | Horas del alma | 78- | Estampa galilea |
| 19- | Hoy | 79- | Altars del ayer |
| 21- | Íntima | 80- | Yo quiero ser |
| 22- | La grey | 81- | De profundis |
| 24- | Llamado a un pueblo rebelde a Dios | 82- | Piensa en la cruz |
| 27- | Perdón | 83- | Consuelo |
| 28- | Por tu gracia | 84- | Bendición |
| 29- | Remanente | 85- | Instante milagroso |
| 30- | Sólo en ti | 86- | Otra vez |
| 32- | Súplica a la Madre de Dios | 87- | Eclipse |
| 34- | Tu paz | 88- | Mater Dolorosa |
| 35- | Valor | 90- | No me busquéis |
| 36- | Súplica íntima | 91- | Monasterio |
| 37- | Honra al camino de la cruz de Cristo | 92- | Pecado |
| 43- | Agenda diabólica | 93- | Monólogo de Adán |
| 44- | Cuando al fin de los tiempos | 94- | Monólogo de Noé |
| 45- | Obreros, a los campos... | 95- | Monólogo de Moisés |
| 46- | Humilde súplica a San José | 96- | Monólogo de Judas |
| 47- | Cuando recibas tu cruz | 97- | Monólogo de Satanás |
| 48- | La hora de los réprobos | 98- | San Francisco de Asís |
| 50- | Falsos pastores | 99- | Entonces |
| 52- | Reflexiones ante la sábana santa de
Nuestro Señor Jesucristo | 100- | ¿Qué queda? |
| 54- | Equívoca obediencia | 101- | Puedo |
| 56- | Falsa iglesia | 102- | Miserere mei |
| 57- | He llegado a tus pies | 103- | Hacia Galilea |
| 59- | Clamor | 104- | Entrega |
| 60- | Gloria | 105- | Piedad |
| 61- | Entonces | 106- | Deber |
| 62- | Gratitud | 107- | Horror |
| 63- | Corrupción | 108- | Reconocimiento |
| 64- | Súplica a Jesús | 110- | Oración |
| 65- | Queridos hijos míos | 111- | Ante el altar |
| | | 112- | En tus santas pupilas |

Índice de los poemas

(Continuación)

- | | |
|--------------------------------|---|
| 113- Apocalipsis | 136- Catedrales |
| 114- Búsqueda | 137- Salmo para el día de hoy |
| 115- Gracias | 138- Salmo breve |
| 117- Acto de fe | 139- Lucha |
| 118- Creo | 140- Repudio |
| 120- Confesión | 141- Venerable madero |
| 121- Me abrazaré a tu cruz | 142- Propuesta |
| 122- Letanía | 143- Una obra bien hecha |
| 125- Delito | 144- Matadero |
| 126- A Ntra. Sra. de Guadalupe | 145- Auxilio |
| 127- Necesidad | 146- Perversión |
| 128- Sólo a tus pies | 147- Gratitud |
| 129- Ecumenismo religioso | 148- Catacumbas |
| 130- Confusión | 150- Vaticano II |
| 131- Dios te bendiga | 152- Por el Inmaculado Corazón de María |
| 132- Marca divina | 153- Campanas |
| 133- En las manos de Dios | 154- Victoria |
| 134- Has de ascender | 155- Reparación |
| 135- Yo he de vencer | 156- Gracia redentora |

Estos poemas pueden reproducirse y difundirse siempre y cuando no se altere su contenido y se mencione el nombre del autor.

© Jorge Antonio Dore 2017



Ad majorem Dei gloriam

*Mi más sincero agradecimiento a **Radio Cristiandad**, notable bastión digital en defensa del catolicismo, que ha tenido la gentileza de ofrecerme un lugar en su sitio donde aportar mi grano de arena a la extraordinaria y valiente labor combativa de sus fundadores y colaboradores.*

<https://radiocristiandad.wordpress.com/>

Entre abrojos y trigales es una colección de poemas religiosos, algunos de carácter místico, otros de carácter ascético y el resto, claras denuncias contra muchos de los males que hoy afligen nuestras sociedades y contra sus anticristianos instigadores.

Vivimos en tiempos donde, a nivel mundial, se ha vuelto tan frontal y virulento el ataque de los enemigos de Cristo y de la cristiandad que no me ha quedado más remedio que desterrar las rosas, el céfiro, los cisnes y las frondas de mi horizonte para poner mi humildísima pluma al servicio de la necesaria y justa defensa del catolicismo.

Es difícil la tarea de denunciar en versos sin que éstos se conviertan en plúmbeas arengas literarias. Si lo he conseguido o no, no me preocupa tanto como el haber cumplido con mi deber de posponer el canto a lo mundanal para dedicarme a la tarea de enfocar mis cañones contra quienes tratan de despojarnos de la fe cristiana con la misma crueldad y furor con que sus predecesores en el odio a Cristo arrancaron la túnica del Divino Maestro al pie de la cruz.

Gracias, Señor, por haberme concedido el don de la métrica y de la rima. Recibe con benignidad mis versos y cuenta con el blanco de mi papel para continuar dándote la gloria que mereces y defender tu legado espiritual hasta que tú decidas retirar definitivamente la pluma de mi mano.

Mientras tanto, continúo a tu servicio.

–El autor

Buen Pastor

Buen pastor que conduces a tus fieles
al reposo de místicas praderas,
permíteme seguir celosamente
el resplandor divino de tus huellas.

Quiero acampar en tus collados, donde
la paz no tiene fin y donde estrenan
blancas túnicas sólo quienes guardan
hasta la muerte la verdad suprema.

No dejes que la vista se me nuble
y guíame a tus fuentes de agua fresca,
que un mundo en decadencia hoy bebe lodo
de pútridos aljibes en la tierra.

Se hace de noche universal. Los pueblos
caen cada vez más bajo. Las conciencias
–manchadas por el mal–, son estandartes
oscuros donde ondean almas muertas.

Y es que muchos, negándose a servirte,
se sirven a sí mismos y se entregan
a placeres humanos y a utopías
que acaban en cenizas y en tristeza.

Tú que conoces todas mis angustias,
tú que perdonas todas mis miserias,
ayúdame a llevar tu cruz al frente
a pesar de las hordas que me increpan.

Buen pastor: acosado por los lobos
estoy, mas me sostiene tu promesa.
¡Cuánto suspira mi alma por paisajes
más altos que la luz de las estrellas!

Combate

En el sacrosanto nombre
de la fe de nuestros padres,
¡desenvainad la justicia
que para mañana es tarde!
Afrontad el mal presente
–que es el odio inaceptable
hacia Dios–, con santo celo
y la cruz por estandarte;
repudiad cada blasfemia
y cada insidia que trate
de arrebatáros del alma
vuestro precioso bagaje.
La aborrecible herejía
y la obediencia culpable
deben ser desarraigadas:
¡es vil honrar al infame!
Luchad contra la falsía
y todas las impiedades
de los sepulcros blanqueados
que menosprecian la Sangre
de Cristo y confraternizan
con cultos abominables.
¡Ante a las víboras debe
rugir el filo del sable!
Salid de en medio de quienes
presumen de tolerantes
con el pecado y no tienen
con Jesús ninguna parte.
Levantad vuestras cabezas
y confrontad el pujante
ejército de las sombras,
y sus arcanos baluartes.
No nos quedemos cruzados
de brazos ante el ataque
de la perfidia que aflora
desde las profundidades
buscando volver a Cristo
un fugitivo en las calles
mientras las turbas reclaman
volver a crucificarle.

¿De qué nos sirve la vela
cuando el pabilo no arde
y la sal cuando se deja
pisotear? Los execrables
lacayos de las tinieblas
–despóticos y brutales–,
buscan sentarse en el trono
de Dios como semejantes;
no hay paz en sus corazones,
sólo intereses mortales.
Luchamos en campos donde
la apostasía hace alarde
y el sacrilegio se tiene
por virtud, donde la carne
sirve al mundo, ama al demonio
y ahora lo tiene por padre.
Velad, que la luz se extingue.
Las almas y las ciudades
sucumben bajo el acoso
de pecados capitales.
¡Anticipaos a las piedras!
¡Gritad, antes que ellas hablen,
que el Señor es Rey de Reyes
y es por Él nuestro combate!
Ya es hora que despertemos.
del sueño. Morir en balde
no es la misión del cristiano
¡y Dios repudia al cobarde!

Confabulación

*Porque como en los días antes del diluvio
estaban comiendo y bebiendo, casándose
y dándose en casamiento, hasta el día
en que Noé entró en el arca. (Mateo 24:38)*

Mientras los hombres viven sus programadas vidas
anéimicos de alma, adoctrinados, tibios,
en lontananza ruge la voz de la tormenta
como eco persistente de un retumbar divino.

Al inaudible ruido de místicas trompetas
giran los celestiales pernos y del abismo
surgen nefastas plagas que caen sobre la tierra
al paso que consuman proféticos designios.

Los nuevos fariseos apuntan, despiadados,
su cornamenta bífida contra los elegidos
y excretan a su paso un tóxico fermento
de talmúdico origen y masónicos símbolos.

Los males se propagan. Los entretenimientos
se han vuelto el evangelio de los pueblos dormidos
que marchan, obedientes, a los abrevaderos
de ilimitados gustos y depravados vicios.

Se execran las virtudes e imperan torvas leyes
que salvaguardan seres carnales, permisivos,
que exigen su derecho a pecados capitales
–entre ellos el nefasto de matar a sus hijos–.

Llueven por todas partes consignas sediciosas
con las que se propaga lo vil y lo podrido
y se insta al abandono de alturas celestiales
a cambio de banales y falsos paraísos

El horizonte agranda su cúmulo de nubes
como carbones llenos de rayos encendidos
y el orbe se estremece crujiendo en sus cimientos,
vibrando en sus entrañas con ominoso aviso.

Pero los hombres, ciegos de devorar pantallas,
afectos a su lepra y orondos de hedonismo
reculan, mansamente, hacia sus mataderos
donde serán castrados de su fervor a Cristo.

Se van desmantelando fronteras y naciones,
se mustian las banderas y expira el patriotismo
en nombre una sola nación sobre la tierra
que habrá de ser el clímax del yugo y del martirio.

Ante la propagada de peversión y de odio
de quienes hoy se tienen por dioses y elegidos
se va estrechando el cerco sobre los pocos fieles
a Dios y a Su evangelio: el remanente en Cristo.

Continuarán comiendo, bebiendo y disfrutando
los pueblos y, de pronto, caerá como un martillo
la súbita andanada de despóticas leyes
impuestas por el cetro del trágico Anticristo.

De ahora en adelante

De ahora en adelante caminaré despierto
hacia la santa cumbre de mis aspiraciones,
que es Cristo. Por lo tanto, considérenme muerto
para mis previas faltas y antiguas sinrazones.

Renuncio a la locura del mundo y su falacia,
a estériles caprichos, a residuos paganos,
a los dioses de barro que dispensan desgracia
y ostentan negros cetros en sus indignas manos.

No quiero que mi nombre se una a la porfía
de quienes buscan darle de baja al Creador
–mundo alienado y hueco que entonas tu vacía
canción para un mañana cada día peor–.

No consiento herejías. No comparto otros credos
ni me tienta el aroma del detestable pan
que fermenta los egos y mancilla los dedos
de aquellos que, sin Cristo, presumen de su Adán.

De ahora en adelante, soy simplemente un punto
final para el absurdo. Ante a la seducción
del mal ineludible, vivo como difunto,
envuelto en la mortaja de la Revelación.

No importa que me cierren mil puertas en la cara
quienes absurdamente viven a contraluz.
Aguardo la morada que Cristo me prepara
y cargo mansamente mi inevitable cruz.

De ahora en adelante, devoto peregrino,
renunciaré a la capa para obtener mi espada.
Me voy tras de la Vida, la Verdad y el Camino.
¡Permita Dios que el cielo sea mi última parada!

Divinas palabras

Señor, cuando te miro clavado en el madero,
majado y con las sienes coronadas de espinas,
afloran a mi mente las palabras divinas
que de tu cruz brotaron llenando el mundo entero;

con ellas intercedes por el vil enemigo,
le aseguras el cielo a un ferviente ladrón,
nos dejas a tu madre como consolación
y sufres abandono cual si fuera un castigo;

por ellas comprendemos tu sed de conversiones
y en ellas satisfaces la escritura sagrada
al entregarle al Padre tu sangre, derramada
cual cáliz rebosante de amor y absoluciones.

Por tus palabras crece mi amor hacia la altura
de mundos que conjugan la fe con la Verdad
y ante tu cruz mi alma se abre a la eternidad
como una vela blanca sobre su arboladura.

El último sagrario

*Y si aquellos días no fueran acortados,
nadie se salvaría; pero por causa de los
escogidos, aquellos días serán acortados.
(Mateo 24:22)*

¡Celebremos el triunfo, hermanos míos
–rugió la voz–, con una magna fiesta
donde podréis gozar del privilegio
de cualquier perversión, vicio y tendencia!

¡Los pueblos amanecen liberados
de cargos ancestrales de conciencia!
¡Han sido demolidos los altares
y nuestra humana dignidad impera!

¡Disfrute el individuo emancipado
de Dios, su voluntad sobre la tierra
saciándose en su copa de lujuria
del preciado licor de la inocencia!

Vibra un mundo febril e iluminado
que impugna sus históricas falencias
y aporta al gran futuro planetario
su odio visceral a las fronteras.

Nada queda de los impedimentos
–dogmas, liturgias, cánones y reglas–
que acotando los libres albedríos
retenían al hombre en las cavernas

y hoy –libre de congénitos errores–,
sacia éste sus hondas apetencias
con sólidas doctrinas seculares
dignas de un paraíso sin banderas.

Brindemos por el Nuevo Orden que –gracias
a la Razón–, tras una larga guerra
ha vencido a la cruz intransigente,
retrógrada, en fin... ¡mito y madera!–.

Al día siguiente, con su carga al hombro,
a la hora del castigo hecho promesa,
Jesús salió del último sagrario
y llovieron del cielo las estrellas.

En alto

Señor, tus enemigos te buscan para herirte
dejando, cuando pasan, un tufo de ataúd;
yo en cambio, antorcha en mano, me propongo seguirte
por el camino angosto que huele a tu virtud.

Muchos te han vuelto el rostro –feroces detractores
de quienes te proclaman como su Dios y Rey–
y armados con insidias y heréticos errores
se ceban en las tibias ovejas de tu grey.

Otros fingen amarte, mas profanan tu nombre
cuando impugnan los dogmas y la Revelación;
pretenden serte fieles glorificando al hombre
y abrevando en el cáliz de cualquier religión.

En predios que hace poco fueran tus templos santos
hoy se celebra un culto tan ajeno a ti mismo
que atraviesa a tu Madre con filosos quebrantos
cuando ve tantas almas hundirse en el abismo.

La fe se extingue. Ruedan las cruces una a una
y la perfidia humana crece cual espiral
haciendo que la sangre se refleje en la luna
como signo de todo lo pútrido y mortal.

Bajo un cielo ominoso de papel chamuscado
los pueblos se amotinan en fiera rebelión
contra la trascendencia tu ley y lo sagrado
descorriendo el cerrojo de otra persecución.

Y yo, que en plena noche no ceso de buscarte,
que cuando te desprecian, te glorifico aún más
te ruego que me ayudes a poder consolarte
y que nunca me dejes volver la vista atrás.

Escribid

Escribid en los muros y en las blancas paredes,
escribid en los libros de todas las escuelas,
en manteles de lino, en templos y en talleres
y hasta sobre las aguas, con límpidas estelas;

escribid en las palmas de laboriosas manos
y sobre los fervientes, y sobre los piadosos,
escribid, con la tinta que usaron nuestros santos,
sobre las inocencias de infantes candorosos,

escribid en altares donde la fe se guarda,
escribid en sagrarios donde el amor reposa,
escribid con la punta de cristianas espadas
sobre el hierro y la carne, sobre el alma y la rosa,

escribid con solemnes acordes en el viento,
escribid con arados sobre la agreste tierra
escribid con abrazos en los cuerpos ajenos,
y en todos los hogares que visitó la guerra.

¡Escribid! Dondequiera que encontréis un espacio
dejad el testimonio de vuestra convicción:
¡Cristo es Dios! Y nosotros, su devoto rebaño.
¡Escribidlo en las tablas de cada corazón!

Hora íntima

*En descanso y en reposo seréis salvos, en quietud
y en confianza será vuestra fortaleza. (Is. 30:15)*

Ha llegado la hora de volver al desierto.
De cara al crucifijo, mi humanidad se postra
cayendo de rodillas bajo el íntimo peso
de mundanos cansancios que reclaman auroras.

Y asciendo por la calle de la oración, al monte
en cuya cumbre aguardan consuelos inefables
que sólo traducidos por la fe, dan al hombre
alturas semejantes a estrellas. Venerable

refugio donde el alma se retira del mundo,
donde la prensa cede y el mosto se desborda,
prodigio que deshace mis más tenaces nudos,
cayado que, de pronto, reverdece por obra

de tu Gracia. Es la hora de mi desierto santo,
Señor, cuando te busco para adorarte a solas
como un humilde siervo, como un resucitado,
como una zarza ardiente que bulle entre las sombras.

Horas del alma

Señor, en esas horas angustiosas
en que el alma confusa y desolada
te llama persistente y sólo el eco
responde a la porfía de la aldaba,

cuando vivos recuerdos de promesas
nos guían hasta el pie de la montaña
y al conquistar la cumbre no te hallamos
más que desdibujado en la esperanza,

cuando tu ausencia en nuestros corazones
los encoge de frío y la distancia
entre la fe y el cielo se acrecienta
y escasean las gotas de tu gracia,

en ese trance cuando se nos vuelve
más áspera la cruz y más pesada,
cuando duda la llama en el pabilo
y la zozobra escora nuestra barca,

cuando los días se nos vuelven noches
y hay manos misteriosas que nos clavan
espinas interiores y sufrimos
en un Gólgota oscuro y sin palabras...

¡es cuando más te ruego que me invites
a Tu divina luz, a esa alborada
que concedes al fiel que, como trigo,
sobrevive en los campos de cizaña!

Hoy

Señor, hoy que maestros de falsa caridad
coligan pecadores contra tu majestad,

que míseros derechos del hombre alzan su voz
en tanto se aborrecen tus derechos de Dios,

hoy que conspiradores –espíritus abyectos–,
maquinan en su olimpo satánicos proyectos

y con su ingeniería social turban razones,
asedian las virtudes, despojan las naciones

de fe y sin conciencia las guían al suicidio
al promover en ellas el propio infanticidio,

hoy que las componendas del fuerte y poderoso
devoran sociedades con insaciable acoso,

hoy que las migraciones intencionadas minan
sanos nacionalismos, los castran, los arruinan

en nombre de un supuesto bien multicultural
que no es sino el avance de un gobierno mundial,

hoy que se urde la ruina de cada hogar cristiano
y el destierro de Cristo de cada ser humano,

hoy cuando la inmundicia permea las escuelas
como humo pestilente sobre llamas de velas

y que las juventudes zozobran, bombardeadas
por huecas sinrazones y malintencionadas

agendas; hoy que tantos reclaman beneficios
y leyes que los dejen regodearse en sus vicios,

hoy que se menosprecia la cristiana bravura
de quienes determinan rescatar la cordura,

que corruptos gobiernos son vil ejemplo y causa
de arbitrarias enmiendas e injusticia sin pausa,

hoy que se nos exige cohabitar con el mal
como ejemplo de noble tolerancia social,

hoy que merecen galas el pecado y la escoria
mas suscita la burla postrarse ante tu gloria,

que cerrando sus ojos al brillo del Tabor
el humano se erige como un Dios sin pudor,

hoy que la dictadura del instinto animal
aleja más del cielo y acerca más al mal,

hoy que lobos predicán vestidos de pastores
y ciegos por sus propios y vanos resplandores

son los Judas de turno que devoran en Roma
tus antiguos altares y los vuelven carcoma...

hoy, Jesús, entre sombras y torrentes de hiel
te ruego que me ayudes a conservarme fiel

a tus altos mandatos y a tu santa doctrina.
La luz se extingue, el hombre rechaza tu divina

llamada; excava pozos que no retienen agua,
multiplica becerros de oro en cada fragua

y abraza con lujuria su humanidad mortal
caída, prepotente y alérgica a tu sal.

Hoy más que nunca, Cristo, por piedad te lo ruego,
¡no me dejes ser sombra cuando debo ser fuego!

Íntima

Jesús, yo prometí seguirte un día
cuando me ungieron mi cristiana frente
y aquí estoy, siempre fiel e intransigente
contra toda impostura y herejía.

Guárdame de tibieza y apatía
ante la dictadura impenitente
del mal y el humanismo prepotente
que hoy te flagela con su rebeldía.

Concédeme la gracia indispensable
para poder cumplir con mi destino
de amarte. Y fortaleza y devoción

para enfrentar al monstruo abominable
que hoy busca separarnos del divino
refugio de tu Sacro Corazón.

La grey

La grey se dispersa.
La herejía avanza
cegando pupilas
y engrillando almas.

Alguien vuelve a Cristo
hacia la montaña
y allí lo reciben
con clavos y lanzas

revolucionarios
que –airados–, demandan
su pena de muerte.
Lo insultan y ultrajan

por su verbo de odio
y por la arrogancia
de afirmar que sólo
su camino salva,

por llamar perversos
a quienes se hermanan
con ideologías
viles, depravadas;

por creacionista,
por su dogma a ultranza,
por ser un pro-vida,
por su intolerancia.

Y así, entre improperios
y espumosa rabia,
infames sicarios
martillan y clavan

sus resentimientos
en la carne blanca
de aquel que, al mirarlos,
perfora sus almas.

Más tarde festejan
su crimen y danzan
en templos humeantes
con furia pagana;

maldicen, blasfeman,
al tiempo que arman
Babel con andamios
en las hondonadas.

Todo lo malogran,
todo lo socavan,
todo lo corrompen
y entre sí se alaban.

La grey agoniza
y el mal va a la zaga
de los pocos justos
que, devotos, guardan

la Santa Doctrina,
la fe inalterada
y el Dogma Divino
con firme esperanza.

El mal ciñe el orbe
como una mortaja
y a las Cristo en punto
será desgarrada.

Llamado a un pueblo rebelde a Dios

Quien tenga oídos para oír, que oiga. (Mateo 13:9)

Es mi deber mojar mi espada en tinta
y escribir con su hoja sin descanso,
que descansar es una cobardía
cuando viene de frente el adversario.

Escuchad:

Es necesario que miréis al cielo
pueblo rebelde a Dios, tibio y castrado
de la fe que sus propios paladines
defendieran ayer tan denodados;

hoy tierra en que el lagar de los infames
hace mosto con todos vuestros santos
pues si os quitan la cruz, tragáis en seco
o aplaudís al autor de tal escarnio.

Cabeceáis, dormitando en las almenas
y vivís con los ojos deslumbrados
por falsas luminarias que os conducen
al infame grillete del esclavo.

¿Por qué que habéis renunciado a las alturas
y seguís al traidor y al mercenario?

¿Y por qué os celebráis vosotros mismos
y os reunís en templos devastados?

¿Qué sois y qué queréis sin Dios, si al fondo
de vuestro lamentable itinerario
los vanos ideales que os ocupan
serán postrer festín de los gusanos?

¿Cómo olvidar las ennoblecedoras
gestas de aquellos héroes que bordaron
la cruz en su pechera y a la guerra
salieron empuñando sus rosarios?

Hoy veis tan solo culpas en la historia
y ante vuestros ladinos adversarios
lloráis por los “errores” cometidos;
pero estáis en la mira de sus arcos.

Os pasan por encima como a hierba
y no osáis ni siquiera levantaros;
la tolerancia os ha paralizado
y vais retrocediendo palmo a palmo.

Pero no, no teméis por vuestros hijos
porque ya los habéis ejecutado
en el claustro materno y hacéis gala
del labriego derecho de segarlos.

Tenéis a vuestra esposa emancipada
del hogar y el hogar es un espacio
donde la trascendencia es un vestigio
mientras borbotan todo lo mundano.

Desdeñáis la virtud del sacrificio;
por eso odiáis las cruces y el calvario
y presumís de inicuas libertades
que os cubren, como lepra, de pecados.

Ya no amáis ni siquiera a vuestra patria
—la que queréis partir en mil pedazos—,
porque sois incapaces de empatía,
porque habéis olvidado abrir los brazos;

pero cuando abrazáis, abrazáis muertos,
doctrinas cadavéricas; nefastos
ideales seculares y humanistas
que os vuelven, cada día, más enanos.

Si no mancomunáis vuestras ideas,
si en un haz no juntáis todas las manos,
vuestro apacible tiempo de hombres libres
será un triste recuerdo del pasado;

porque avanzáis de espalda, a contra-gloria,
a contraluz, obsesos y cegados
por tóxicos sofismas que denigran
la fe que el propio Dios ha decretado:

aquel que os concediera mil victorias,
ese que vais cubriendo con escarnios
mientras sacáis a flote las mezquinas
rivalidades de vuestro pasado.

¿Por qué le habéis abierto al enemigo
las puertas que al Señor cerráis en vano?
"Sin mí nada podéis hacer". Sin Cristo
garantizáis el triunfo del fracaso.

Luchad por vuestra tierra mancillada
o prescindid de todo lo heredado
de quienes, con cristiana valentía,
acometieron fieros adversarios

y abrazando la cruz en las trincheras,
a cuerpo descubierto y bajo cascos
de hordas impetuosas conquistaron
los bienes que hoy estáis dilapidando.

¡Airaos ante la voz que vaticina
que habréis de despertar amordazados
bajo los oprobiosos estatutos
salidos de la vara del tirano!

Volved al bien que habéis redargüido,
llenad vuestros más íntimos espacios
de luz y combatiendo de rodillas
militad en las filas de los santos.

¡Recuperad, por Dios, la fe perdida
y con la espada firme entre las manos
en nombre de la cruz, marchad al frente
o acabaréis sin patria y sojuzgados!

Perdón

Señor, perdón por tantos momentos de mi vida en los que no tuviste cabida en mi pasado; con cada indiferencia te ocasioné una herida y con mis rebeldías desgarré tu costado.

¡Perdón! Hoy que rechazan tu nombre multitudes esclavas de espejismos y huecas emociones, suplico que tus gracias aumenten mis virtudes para poder servirte fiel y sin condiciones.

¡Ten compasión! Disculpa mi tiempo malgastado en horas de tibieza y de banalidad. Permíteme seguirte despierto y bien calzado y, hasta que tú me llames, luchar por la verdad.

Por tu gracia

Señor, es por tu gracia redentora
que sigo en pie a pesar del enemigo,
con la esperanza de habitar contigo
en la gloria que anhelo sin demora.

Es por tu luz –en esta infausta hora
que zarandea al justo como al trigo–,
que puedo aún servirte de testigo
y en medio de la noche hallar tu aurora.

Es con las nobles armas de una fe
cuya raíz proviene desde el cielo
que encaro este combate contra el mal;

y por amor a Ti, proseguiré
mi lucha entre la espina y el consuelo,
abrazado a Tu cruz hasta el final.

Remanente

El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros,
su divina presencia trajo al mundo la luz
y millones de almas entreabrieron los ojos
–el amor a los cielos se volvió multitud–.

Transcurrieron los siglos. Prosperaron las sombras
ante el tibio abandono de aquella sacra fe
que terminó diezmada por insidiosas obras
de espíritus hostiles a la Verdad y al bien.

Los altares cayeron bajo el peso del odio,
los sagrarios se hicieron mausoleos del pan
y el mundo, seducido por cenizas y escombros,
renunciando a la altura, cohabitó con el mal.

Muy pocos conservaron la tradición –espina
de los propagadores del odio y del error–,
tan sólo los que aún llevan su lámpara encendida,
custodios del tesoro de la Revelación.

Sólo en ti

Sólo en ti, mi Dios bendito,
encuentra descanso mi alma
y esa indispensable calma
interna, que necesito.
Exímeme del delito
que, desleal, cometí
más de una vez. Si caí
en miserias terrenales
hoy son luces celestiales.
las que me guían a ti.

No quiero añadir más pena
a tu cuerpo maltratado,
ni herirte más el costado
ni traicionarte en la cena.
Vivo con el alma llena
de tu promesa grandiosa
que me hace ver en la fosa
salud y resurrección.
¡Yo abrazo de corazón
tu redención amorosa!

Solo a ti, mi Dios, anhele
servir y darle la gloria.
¡Haz que no quede memoria
de mi indiferencia al cielo!
Eres mi único consuelo
y en lo hondo de mi ser
creo que habrás de volver,
creo que tú eres la luz,
en el signo de la cruz
y en tu divino poder.

Cuando llegue ese momento
de confesar yo tu nombre,
no permitas que me asombre
la rudeza del violento
que buscará con su intento
hacerme abjurar de ti.
¡Dame tu gracia! y que allí
donde me cite la muerte,
te alabe y diga: ¡Qué suerte
el haber caído así!

Súplica a la Madre de Dios

Santa María, plena de gracia y de virtudes,
que con místico celo por todos los caídos
custodias las más pobres y débiles ovejas
que marchan rezagadas detrás de Jesucristo,

Madre de la que sólo pudieran esperarse
rosales prodigiosos e inmarcesibles lirios;
mediadora de todas las salvíficas gracias
que caen sobre los fieles como un santo rocío;

hoy quiero suplicarte por esos hijos tuyos
que habiéndote olvidado, se ahogan entre espinos
y por los que reclaman más panes y más peces
mas sin embargo ignoran cuando los llama Cristo;

te ruego por aquellos que, limpios de su lepra,
después de ser curados prosiguen su camino
con una indiferencia que estremece los cielos
pues se van sin dar gracias por el bien recibido;

te pido por los muchos cuyas lámparas secas
yacen abandonadas; por quienes, abatidos,
intentan levantarse y los que un día acaban
viviendo de algarrobas en falsos paraísos;

te pido por aquellos que beben de los pozos
y siguen padeciendo de una sed de infinito,
por los que, entre mortajas, ignoran el llamado
de aquel que les ordena salir de los abismos;

te pido, Madre Santa, por quienes me desprecian
por la amistad que tengo con tu divino Hijo,
por los que desestiman el fraternal abrazo
y todo lo contemplan con ojos enemigos;

te pido por aquellos apáticos cristianos
a los que Dios detesta por encontrarlos tibios
y por los que, embriagados de libertad, se jactan
de cultos execrables y de frutos prohibidos;

te pido por aquellos que perdieron de vista
la gloria del Calvario y conminan a Cristo
a bajar del madero definitivamente
porque no están dispuestos a ningún sacrificio;

te pido por un mundo rebelde que, adversario
del único que puede salvarlo y redimirlo,
se escora como un barco perdido en la tormenta
que se va deshaciendo con su casco podrido.

¡Que busquen tus bondades los cojos y los ciegos,
que salgan de sus tumbas los muertos, que tullidos
y sordos rompan vasos de alabastro y perfumen
de nuevo, fervorosos, los pies de Jesucristo!

Y por último, Madre, no olvides a este siervo
que ardientemente implora tu maternal auxilio.
No quiero, como antaño, quedarme rezagado,
¡que cuando tu Hijo vuelva no me encuentre dormido!

Tu paz

Tu paz es como el viento que mece las cortinas del cuarto en que guardamos entrañables recuerdos, tu paz tiene el sencillo calor de la cocina o de la chimenea prendida en el invierno.

Tu paz es el aroma de la hogaza caliente sobre el mantel bordado para el día de fiesta, es como la frescura del rocío en las mieses o un toque de nudillos amigos en la puerta.

Tu paz lo llena todo. Tu paz crece en mis manos como se multiplican tus panes y tus peces y rueda por mis hombros como unguento sagrado que me hace cada día más fiel y más creyente.

Valor

*Al Rvdo. Padre Basilio Méramo,
incansable defensor del catolicismo*

He denunciado lo que se debía
denunciar, porque Dios odia al cobarde
y para hacer justicia, nunca es tarde.
¡Mi lucha continúa todavía!

Pues resultado de la cobardía
es esta humanidad emponzoñada
y ciega, cuando no se alza la espada
contra el asalto de la apostasía.

Ante a la corrupción, ante al engaño,
la blasfemia, el escarnio contra Cristo,
y la aversión satánica a su luz,

¡habré de conquistar cada peldaño
batallando, a sabiendas que persisto
por la gloria de Dios y de la cruz!

Súplica íntima

¡Jesús, mira piadoso mi humanidad caída
y el íntimo deseo de elevarme a tu luz!
Que el poder de tu sangre derramada en la cruz
transforme en huerto el duro pedregal de mi vida.

Modela el tosco barro de mi ser y hazlo un vaso
humilde y rebosante de puro amor al cielo;
enséñame a seguirte como al sublime anhelo
donde se desvanecen las dudas y el fracaso.

Tómame de tu mano como a la niña muerta
y arráncame del frío sepulcro del desdén,
que la incesante busca de la verdad y el bien
un día me permita franquear tu áurea puerta.

Haz que llegue a librarme de los gravosos fardos
que inútilmente lastran mi ruta al infinito;
perdóname mis deudas, por tu poder bendito,
y mis pasos perdidos y mis montes de cardos.

Te ruego que me ayudes a romper las cadenas
que impiden que mi alma pueda cobrar altura;
quiero que me concedas la sublime ventura
de aprender a servirte entre espinas y penas.

Jesús, Tú que piadoso levantas a los muertos,
que sanas y dispensas la salud del perdón,
¡vuelve de carne ardiente mi pétreo corazón
y enséñame a esperarte con los brazos abiertos!

Honra al camino de la cruz de Cristo (Via Crucis)

Preámbulo

Oh, Jesús, que por amor
a la humanidad caída
te hiciste carne y herida,
sufrimiento y estertor;
te suplico con fervor
que me lleves de tu mano
como a un devoto cristiano
por tu pasión dolorosa,
para así honrar tu gloriosa
redención del ser humano.

Primera estación: Jesús es sentenciado a muerte

Cristo, varón de dolores:
al espino remachado
y al flagelo encarnizado
se le oponen tus amores.
Tal cual se mustian las flores,
así tu carne majada
por la terrible andanada
de una descarga brutal,
termina como un cristal
roto por una pedrada.

Segunda estación: Jesús carga la cruz a cuestras

Sobre tus hombros, la carga
de los pecados del mundo
más otro pesar profundo:
la vejatoria descarga
de improperios de una larga
procesión de burladores
que aplaude tus estertores
sin comprender que el misterio
trascenderá el vituperio
de verdugos y traidores.

**Tercera estación:
Jesús cae con la cruz por primera vez**

Triturado, vuelto un mosto
de sangre que da la vida,
te entregas en cada herida
pagando el terrible costo
de abrirle el camino angosto
al humano sin consuelo.
Por fin rasgarás el velo
que lo separa de ti.
–¡Señor, ten piedad de mí,
que quiero ganarme el cielo!–.

**Cuarta estación:
Jesús encuentra a su afligida Madre**

De entre tus muchos dolores
hay uno que duele más
que el insulto de Caifás
o los desconsoladores
odios de tus detractores:
el de hallar ante tus ojos
los de tu madre, tan rojos
como rubíes carnales
que al verte entre tantos males
cayeron como cerrojos.

**Quinta estación:
Simón ayuda a Jesús con la cruz**

¡Qué privilegio, Simón,
tuviste al ser obligado
a auxiliar al extenuado
Mesías en su pasión!
–¡Si mi indigno corazón
Dios, te pudiera aliviar
ayudándote a cargar
una astilla de tu cruz...!
¡Sería cual cargar la luz
que nos quiere iluminar!–.

**Sexta estación:
La Verónica limpia el rostro de Jesús**

¡Bendita sea la mujer
que tuvo el coraje santo
de consolarte entre tanto
abuso de ira y poder!
La que al verte padecer,
con una tela intentara
borrar de tu frente clara
y de tu rostro, el dolor.
Y como premio a su amor,
le imprimiste en él tu cara.

**Séptima estación:
Jesús cae con la cruz por segunda vez**

Tanta es tu sangre vertida,
que caes desplomado al suelo
y un cenit de oscuro duelo
se encrespa tras tu caída.
Por virtud de cada herida
que tu carne manifiesta,
¡piedad para quien detesta
el mal! y, aunque algo tardío,
yo te encomiendo Dios mío
cuanto de vida me resta.

**Octava estación:
La mujeres de Jerusalén
lloran por Jesús**

Entre profundos gemidos
de impotencia y de piedad
marchan, llenas de ansiedad,
mujeres de ojos hundidos
al ver los brazos caídos
de aquel en cuya virtud
buscaba la multitud
remedio para sus males
y hoy, por odios mundanales,
sólo encuentra ingratitud.

**Novena estación:
Jesús cae con la cruz por tercera vez**

Señor, has vuelto a caer
bajo tu cruz que parece
que se agiganta y que crece
más que tu propio poder.
Desfalleces, mas al ver
tu cuerpo tan maltratado,
no te perdona el soldado
que te ordena incorporarte
para volver a empujarte
al Gólgota repudiado.

**Décima estación:
Jesús es despojado de sus vestiduras**

Sin respeto y sin piedad
dos manos crueles –y duras–,
te arrancan las vestiduras
y dejan tu humanidad
al desnudo. Tu humildad
no se resiste al intento
del mal que, torvo y violento,
te descuera ante la muerte
para mejor ofenderte
y exacerbar tu tormento.

**Decimoprimera estación:
Jesús es clavado en la cruz**

¡Ay Jesús crucificado,
cuánto dolor, cuánta afrenta
te causa el alma irredenta
que perfora tu costado!
¡Cuán alto precio has pagado
por cada pobre mortal!
Has abierto un celestial
paraíso a los caídos
y tus brazos extendidos
hoy nos refugian del mal.

Decimosegunda estación: Jesús muere en la cruz

¿Cómo es posible, Señor,
ver tu cuerpo agonizante
sobre la cruz, sin que espante,
tanto indecible dolor?
Es por tu ofrenda de amor
que sufres, que langideces
desfigurado y pereces
sobre un infame madero.
—¡Tú sabes cuánto te quiero
aunque he pecado mil veces!—.

Decimotercera estación: Jesús es bajado de la cruz

Con un sublime cuidado
descuelgan tu cuerpo inerte
de la cruz. Tu madre, al verte
en tan lastimoso estado
siente un golpe: ¡ha traspasado
su alma una fría espada!
Y luego, sin decir nada,
besa tu enconada frente
y se queda, tristemente,
como una flor deshojada.

Decimocuarta estación: Jesús es colocado en el sepulcro

Pusieron sobre una losa
la Verdad envuelta en lino,
también la Vida, el Camino
y la Luz. Mas tu gloriosa
resurrección de la fosa
—tu triunfo sobre la muerte—,
hará que por fin despierte
la humanidad, redimida.
—Señor, dueño de la vida,
¡cómo no habré de quererte!—.

Epílogo

Con una cruz de madera
el Padre marcó el exacto
lugar del sublime acto
más alto que el mundo viera:
la hora en que el cielo abriera
sus brazos a los humanos.
Y con clavos en las manos
Cristo selló un compromiso
de amor, ¡pues tanto nos quiso
que nos quiso ver cristianos!

Jesús, tu amargo sendero
de espinas y de dolor
fue un testamento de amor
al barro, del alfarero.
Creo en ti, Señor, y espero
que al meditar tu pasión,
se inflame mi corazón
con devoción firme y santa.
¡Haz que mi fe sea tanta
que merezca tu perdón!

Agenda diabólica

Y cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de molino al cuello, y se le arrojase al mar. (Marcos 9:42)

No bastan ya los vientres hostiles de esas madres donde son trucidadas las incipientes vidas en virtud de un derecho –que nadie lo posee–, de arrancarse los hijos cual si fueran espinas.

No basta ya el guarismo, el pavoroso saldo de miles de millones de humanos indefensos que, anónimos, sucumben con la monstruosa anuencia de quienes no conceden ni un mísero sepelio.

No basta que en el claustro materno, vuelto nicho, se extirpe la esperanza cual maligno tumor, que rompan las vasijas donde ansiosos palpitan flamantes corazones destinados a Dios.

No basta. No les basta a los instigadores de inhumanas empresas el acoso de vientres; si el aborto no pasa su afilada cuchilla aún quedan los pupitres para sembrar más muerte,

porque estos depravados enemigos de Cristo –que acechan como buitres el párvulo candor–, inundan las escuelas de sexo y de impudicia con su binaria agenda de muerte y corrupción.

No puede un ser humano caer más bajo, ¡nunca! que pervirtiendo almas que buscan despuntar. Asesinar a niños o volverlos lascivos es echarle a las flores toneladas de sal.

No en balde Jesucristo condenó con firmeza a quien escandalice la inocencia infantil. ¡Hacen falta millones de piedras de molino para tantos infames que hoy hemos de sufrir!

Cuando al fin de los tiempos

*Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre,
mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo. (Mateo 10:22)*

Cuando al fin de los tiempos de un orbe enajenado
vuelva Yo a ser el blanco de desprecios e insultos,
cuando los enemigos de lo puro y lo sacro
eligien las fatales tentaciones del mundo,

cuando en todos los templos se instaure una aberrante
parodia del calvario y adquiera la blasfemia
una categoría de opinión respetable,
cuando en vano Me invoquen en detestables mesas,

cuando los que debieran exigir Mis derechos
se tornen furibundos contra Mi majestad
y esclavos del aplauso y el infame consenso
propaguen la mentira y hostiguen la verdad,

cuando hipócritas lobos disfrazados de oveja
acosen a los miembros de Mi místico cuerpo
y ladinos mitrados cargados de anatemas
retuerzan el mensaje Mi santo Evangelio,

cuando sólo el esfuerzo de un pequeño rebaño
preserve el sacrosanto tesoro de Mi fe
mientras la levadura de un odio milenario
a Mi cruz y a Mi nombre crecerá con poder,

cuando se multipliquen el vicio y el ultraje
y ustedes, Mis amados, suspiren por el fin
¡levanten la cabeza, que es hacia arriba el viaje
y calcen sus sandalias, que es hora de partir!

Obreros, a los campos...

...deja que los muertos entierren a sus muertos... (Lucas 9:60)

¡Obreros, a los campos sin esperar a cambio más que un salario humilde y el acoso del sol!
Despunta la cizaña y hay que desarraigarla con fuego en las entrañas y a golpes de oración.

Hermanos jornaleros en las plazas: ¡arriba!,
empuñen sus rosarios cual místico azadón
y dejen que los muertos entierren a sus muertos
mientras nuestros arados trabajan para Dios.

Humilde súplica a San José

San José, casto y paciente
custodio del niño Dios,
enseñadme como vos
a amarlo fervientemente.
Que sea tu ejemplo silente
y abnegado, inspiración
de mi pobre corazón
que va arrastrando su cruz
pidiendo a gritos la luz,
piedad y consolación.

Haced que en alma mía
estallen –cual blancas flores
por Jesús–, diez mil amores
y diez mil más por María.
Que tú que fuiste alegría
salvaguardia y defensor
de criatura y creador
me infundas fidelidad
y la sublime humildad
con que amaste a mi Señor.

Cuando recibas tu cruz

Cuando recibas tu cruz
haz memoria del calvario
con Jesús en el madero
bajo un cielo encapotado,
medita en sus pobres sienes
donde el espino –apenado–,
clavó con brutal violencia
su infame lluvia de dardos;
sigue el curso de su sangre
hasta sus pies horadados
que el hierro selló, poniendo
punto y aparte a sus pasos;
repara sus hondas llagas
y mira como sus manos
aceptaron anularse
pudiendo enviar mil rayos,
acuérdate de la esponja,
del vinagre y del amargo
de la hiel que nos depara
la vida en ásperos vasos,
de las tenebrosas horas
de dolor en que afrontamos
montañas de desconsuelos
y yermos llenos de cardos.
¡Ay, las cruces que talladas
por Dios nos harían pedazos
si no fuera por la gracia
con él reviste sus clavos!
Cuando recibas la tuya
sin una queja en los labios
será cuando más te acerques
a Jesús crucificado.

La hora de los réprobos

Los hijos de las sombras se han ido apoderando de todo: sólo quedan grupúsculos de luz que guardan, como hormigas, el divino tesoro que Cristo concediera tras morir en la cruz.

Sobre la ardiente tierra crece una sulfurosa, metafísica guerra de origen infernal que lleva a todas partes su prédica maldita de que Dios es el hombre, de que el bien es el mal.

Como en tiempos antiguos, los postreros cristianos resisten el acoso de una persecución que busca hacer pedazos su religiosa herencia con el perverso mazo de la revolución.

Medra el culto a la parca y un tumulto de vientres adversos a la vida y ufanos de abortar se ensanchan cual postigos y entregan los pedazos de sus propias entrañas sin llanto ni pesar.

Todo lo infame bulle. Todo lo bueno cede o es atacado al punto de desaparecer por el mismo aquelarre que sin pudor afirma que es subjetivo el hecho de ser hombre o mujer.

Los pueblos, incapaces de reaccionar, aceptan la muerte que sus amos les tienen decretada con una inconcebible tolerancia suicida cual toro que, sumiso, aguarda su estocada.

El mal de las naciones se extiende hasta su prole vilmente adoctrinada con un mantra mortal que siega en las escuelas la flor de la inocencia y siembra en los infantes la perversión sexual;

futuros candidatos a impúdicos desfiles que exhibirán mañana su triste perdición con actos depravados en que la carne impera mas donde no penetra la luz de la razón.

No queda nada sacro. Todo ha sido castrado
de virtud y de altura, de pureza y de bien.
Los minaretes crecen y un mar de cimitarras
aguarda los despojos de nuestro estulto edén.

Vuelven Caín, los Judas y los Poncio Pilato
y Cristo es sentenciado por otro sanedrín.
Y mientras Roma le abre la puerta al Anticristo
la higuera pronostica la inminencia del fin.

Falsos pastores

Vosotros que debierais de haber gritado: –¡El lobo!, inconcebiblemente sois los depredadores cargados de anatemas que devoráis rebaños, divinizáis al hombre y propagáis errores.

¿Cómo danzáis alegres ante al desfiladero cuya garganta lleva al insondable abismo?
¿Cómo abrazáis las sombras y detestáis las luces?
¿Es que cielo e infierno os parecen lo mismo?

¿Quién, quién os ha enseñado, pastores fermentados a desafiar a Cristo con tanta persistencia?
Si no tembláis humildes es porque os ha vencido la fiebre incontenible de vuestra prepotencia.

Sí. Vuestro farisaico papel de seguidores de Cristo encubre un hondo repudio a la verdad. Sois viles mercenarios de aquellos que combaten la cruz secretamente, desde la oscuridad.

Tenéis miles de ovejas confusas y aledadas que aceptan vuestro plomo como oro genuino y asisten al convite de almas descarriadas que es ese culto vuestro profano y viperino.

Contribuís a un mundo maligno despojado de toda la grandeza de aquella tradición que a Dios le dedicara fastuosas catedrales hoy desacralizadas por la abominación.

Por eso vuestros templos sacrílegos y chatos, tienen altares vanos y están vuestras acciones pendientes de la ira del juicio que hará polvo vuestro traidor legado de malas intenciones.

Sois réprobos cubiertos con piel de cristianismo, que habláis de cosas santas mientras con vil porfía envenenáis las letras de vuestros documentos meticulosamente preñados de herejía.

Vosotros que debíais de haber dado el aviso de que los adversarios se hallaban a las puertas sois cómplices con ellos del odio contra el dogma, de falsos sacramentos y miles de obras muertas.

También sois ofensores de vuestra Madre Santa por ocultarle al mundo su celestial mensaje para tapar el crimen de vuestra apostasía sin que os preocupe el precio de tan terrible ultraje.

Dios sabe vuestros nombres, los que no están escritos en las doradas hojas del libro de la vida. Como divulgadores de un evangelio espurio no tendréis en el cielo memoria ni cabida.

Orar por enemigos es un deber cristiano. ¡Por Dios, arrepentíos y no volváis atrás! Mas si segúis coceando el agujón divino sabed que en vuestras tumbas la cruz está de más.

Reflexiones ante la Sábana Santa de Nuestro Señor Jescucristo

Señor, heme aquí humilde ante las huellas
de tu pasión: tu mapa de sufriente.
Aquellas que guardara el fino lienzo
incapaz de arroparte para siempre;

contarlas es contar el infinito
de un amor tan profundo y elocuente
que habló con sangre más que con palabras
y trascendió el dominio de la muerte.

He aquí el relato fiel de tus tormentos,
tus golpes tus heridas y el torrente
de injurias que la tela no contuvo
pero que tanto hubieron de dolerte:

Esa ominosa lluvia de flagelos
en tu espalda y de espinos en tus sienes
son vestigios de todos los pecados
pasados y futuros y presentes.

(Después de tantos siglos los humanos
han vuelto al paganismo y adolecen
de luz y de virtud. Andan a oscuras
y el amor a sí mismos los pervierte).

La herida del costado ¡tan profunda!,
esa que aún se ensancha y que te duele
cuando todos los que te martirizan
meten su mano en ella... ¡y no creen!

(¿Hoy cuántos corazones enconados
no pierden la fe en ti para volverse
de piedra, miserables, insensibles
y ávidos de mundanas pequeñeces?).

Tu rostro, tumefacto mas sereno
a pesar del abuso de insolentes
que hicieron mofa vil de tu realeza
¡tú que eres nuestro rey eternamente!

(¿Y cuántos golpes más no te propinan
los nuevos fariseos, los herejes,
los adversos al dogma y el blasfemo
cuando frente a tu cruz muestra sus dientes?).

La salida del clavo en tu muñeca,
tus brazos transformados en torrentes
de sangre ¡cuando solo hacía falta
derramar una gota por tus fieles!

(¿Cuántos hombres no viven rechazando
su propia salvación porque resienten
un Dios que ponga coto a sus delitos,
un límite a sus males recurrentes?).

Y tus pies, cuyas plantas estamparan
con brochazos de lacre incandescente
el lino que sirviera de testigo
al noble testamento de tu muerte.

(¡Cómo el réprobo huye de tu lado
horrorizado de poder quererte
y de tener que renunciar al vicio
que habrá de condenarlo eternamente!).

Tu excelso amor, Jesús, está plasmado
en esta tela donde alcanzo a verte
sin saber en cuál fibra de la misma
se encuentran mis pecados: ¿En tu frente,

en tus pies, en tu pecho desgarrado,
en tus brazos ansiosos de acogerme
o en la honda cavidad de tu costado
donde aspiro al refugio que me ofreces?

Señor, ante el misterio de este lienzo,
–monumento a tu amor–, devotamente
inclino mi cabeza, humilde, y pido:
¡Ven y reina por siempre y para siempre!

Equívoca obediencia

Sabed vosotros –siervos obedientes
a quienes crucifican hoy a Cristo–,
que un día enfrentaréis un juicio amargo
por haber sido cómplices y tibios.

Pues viendo cuánta injuria le propinan
quienes se hacen pasar por sus discípulos
buscáis su comunión aun a sabiendas
de su mucha cizaña y poco trigo.

Sí. Ansiáis la aceptación de los traidores
a Dios, cuyo satánico delirio
llena de apocalípticos brochazos
el inicuo retablo del maligno.

Sabed que vuestros lobos se proponen
azotar aún más fuerte a Jesucristo
hasta dejarlo a la mezquina altura
a la que crece el negro paganismo.

Y aun así, ¿os prestáis a tal infamia
sin piedad por Jesús? ¿Tan decididos
estáis a convertirlos en la sombra
de aquellos que entre sombras se han perdido?

Pues relegando al que es Alfa y Omega
servís a sus mitrados enemigos
que ciertamente tienen vuestra venia
para crucificar de nuevo a Cristo.

Sabed que vuestras huellas os delatan
porque bruñis para ellos los martillos
que cotidianamente le abren huecos
al arca de los fieles redimidos.

Coautores sois –no os quepa duda alguna–,
de infligir a Jesús otro martirio
y aunque no cante el gallo por vosotros
las rocas os harán llegar sus gritos.

Vuestra obediencia es toda una parodia
de virtud. ¡O le dáis la gloria a Cristo
o un legado de piedras y escorpiones
será mañana el pan de vuestros hijos!

Falsa iglesia

Ante la falsa iglesia que hoy procura
convertir la católica en erial
y el sedicioso avance de su mal
que oculta al hombre su mitad oscura,

ante su anticristiana arquitectura
de confección masónica y bestial
que vuelve la esperanza horizontal
y hace del hombre un dios sin estatura,

ante su iniquidad premeditada
y su guerra a los frágiles cimientos
de nuestra cristiandad –ayer bastión–,

hay que abrazar la cruz vilipendiada
y unidos a la vid como sarmientos
luchar por Cristo. ¡Arriba el corazón!

He llegado a tus pies

He llegado a tus pies, Señor ¡Qué largo
viaje leno de piedras y accidentes!
Me ha tomado un sinfín de torpes pasos,
de ascenso por inhóspitas pendientes.

He enfrentado la duda y el fracaso,
me ha rugido el león en el desierto
buscando devorarme y ha dejado
mal herida mi fe, ¡pero no he muerto!

He llevado mi barca río arriba
buscando la razón de la corriente
y he aprendido una cosa de la vida:
que tú eres su final y eres su fuente.

¿Amigos? he perdido muchos. ¡Muchos!
pero son los que nunca han comprendido
que quienes se deslumbran por lo oscuro
terminarán borrados por tu olvido.

¿Contradicciones? ¡He vivido tantas!
Y he sufrido el remache de consejos
de quienes, rehusando crecer alas,
tan sólo medran para hacerse viejos.

Me ha curtido la lucha contra el mundo,
me he inclinado hacia honduras pavorosas
y he aprendido a eludir vivos difuntos
que jamás han salido de sus fosas.

¡Qué fácil es la senda de la muerte
y qué arduo es el camino de la Vida
–que tanto cuesta hallar porque se vuelve
un hilo hacia su puerta de salida–.

He confrontado muchas noches largas,
años sin ver la luz de las estrellas
y he sufrido tormentas en el alma
de las que todavía llevo huellas.

Pero aquí estoy. Feliz, porque he llegado
a tus pies como abeja a su panal
pues gracias a tu gracia soy cristiano
y en vez de adusta roca, manantial.

Clamor

Hay un clamor muy íntimo y profundo
que brota desde el santo de los santos
del alma y se traduce en un suspiro
que asciende como humo de incensario:

es la voz del humano redimido
que, sumiso a la gracia del amado,
florece en gratitudes y alabanzas
desde su humilde condición de barro.

Clamor de quien en Cristo halla su vida
y por gracia de Dios, resucitado,
tiene un solo pastor para el camino
y una fe que trasciende lo mundano.

Clamor que sobrepasa las estrellas
llevando en ristre el fuego y va dejando
semilleros de luz sobre la tierra
y fragantes virtudes a su paso.

Es respuesta al llamado de los cielos
del que humilla su carne y se hace esclavo
de Aquel que con piadosa omnipotencia
puede borrar con sangre los pecados.

Como eslabón de milenarios ecos
es el clamor del ser iluminado
que alcanza las alturas de rodillas
y asciende en vertical y en solitario;

clamor agradecido y fervoroso
que brota desde el santo de los santos
del alma que se asoma al infinito
cuando Dios la recibe entre sus manos.

Gloria

Gloria a tu cruz, Señor, gloria a tu nombre,
gloria a tu majestad, a tu realeza,
gloria a tu eternidad, a tu grandeza
y a tu piadosa redención del hombre.

Gloria al misterio que tu ser encierra,
gloria a tu encarnación y al portentoso
rito que hace del pan el más precioso
manjar que hay en los cielos y en la tierra.

Gloria a tu humilde condición humana
gloria a tu excelsa y magna potestad
y paz a los que amando tu verdad
abrazan con fervor su fe cristiana.

Gloria a tu redención que nos ha dado
la posibilidad de una infinita
dicha y al gran poder de tu bendita
sangre que por amor has derramado.

Gloria por nuestra Madre Santa y pura
que cuida de sus hijos desde el cielo
y les otorga gracias y consuelo
en medio de este valle de amargura.

¡Gloria, Señor, eternamente gloria
a tu recta justicia y a tu ley,
a la Trinidad Santa, a Cristo Rey
y al día en que iluminaste nuestra historia!

Entonces

...y ya no había mar. (Ap. 21:1)

Entonces, será entonces cuando al fin pueda verte
sin símbolos, sin velos; cuando ya la plegaria
no se requiera y cuando las fauces de la muerte
dejen de propinarnos su dentellada diaria.

Entonces habrá altares tan solo en el recuerdo
y dejará tu carne de oler a simple pan,
tu sangre habrá llegado con todos a un acuerdo
y otra vez nuestros nombres serán Eva y Adán.

Entonces el pecado, esa maldita herencia
que acongoja las almas y esclaviza la piel
morirá en el olvido y tu santa clemencia
limpiará en nuestros vasos los residuos de hiel.

Entonces ya tu cuerpo no tendrá cicatrices
y cesarán las dudas como las de Tomás
y habrá paz en los rostros para siempre felices
de todos los que aspiran a estar donde tu estás.

Entonces los rosarios serán de blancas rosas
y cada cruz la llave para el bendito edén
donde ya renovadas por ti todas las cosas
serán serán purificadas por tu supremo bien.

Entonces –sólo entonces–, el hombre redimido
por la gracia divina dejará de llorar
y tú, recopilando todo el llanto vertido,
secarás nuestros ojos ¡y será el fin del mar!

Gratitud

Jesús crucificado, yo te adoro y bendigo
el sublime tesoro de tus padecimientos
y la divina gracia con que tus sacramentos
me hacen menos cizaña y cada vez más trigo.

Gracias por concederme poder ser enemigo
de aquellos que se jactan de sordos e irredentos,
de uvas que se niegan a unirse a tus sarmientos,
de quienes con violencia te cierran su postigo.

Confieso que tú eres mi Dios. Es mi estandarte
tu cruz. En alto llevo mi indómito rosario
y el Credo es el resumen de mi honda convicción.

En esta hora amarga me pongo de tu parte
y mientras tus verdugos te ultrajan a diario
yo me uno a los que alaban tu Sacro Corazón.

Corrupción

Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. (Efesios 6:12)

La profusión de todas las abominaciones
y el vaho luciferino que hoy apesta la tierra
mantiene al remanente de Cristo en pie de guerra
mientras se desmorona la fe de las naciones.

De una inicua y profusa perversión de razones
a la que todo pueblo se doblega y aferra
mana una pestilencia que absurdamente encierra
la hediondez de un cadáver lleno de aspiraciones.

Esta maldad que todo lo invade, pudre y daña
–virtud, honor, familia, amor fe y patriotismo–,
que lleva en andas todos los pecados mortales,

es sólo el anticipo de una monstruosa saña
que asciende de los antros del infernal abismo
con furia deicida e instintos criminales.

Súplica a Jesús

Jesús, que por tu sangre divina y redentora purifiques mi alma y me guardes del mal; que vistas de inocencia mi alma pecadora y aprenda yo a ser menos rebelde y terrenal.

Jesús, que por los clavos en tus piadosas manos, las mías se desvivan por practicar el bien; que sirvan afanosas a todos mis hermanos y, en vez de impedimentos, se vuelvan un sostén.

Jesús, que por las crueles heridas de tu frente puedan mis pensamientos estériles cesar y abrirme a los divinos tal como la corriente de un río cuando abraza la inmensidad del mar.

Jesús, que por los huecos de tus pies desgarrados corrijas mi perenne propensión a caer y me perdones todos los que han sido mal dados en caminos que nunca debí de recorrer.

Jesús, que por las llagas de tu carne maltrecha por el rudo flagelo, la mía encuentre paz y marche puro y santo hacia tu puerta estrecha no obsceno y voluptuoso, no impúdico y procaz.

Y por último, ruego, si no es mucho pedirte, –tú que a fondo conoces mi humana condición–, perseverancia y fuerzas para amarte y seguirte. Por tu mayor herida: ¡la de tu corazón!

Queridos hijos míos

*¿Por qué se amotinan las gentes y los pueblos piensan cosas vanas?
(Salmo 2:1)*

Queridos hijos míos: ¡cuánto siento dejaros en un mundo tan lleno de miserias humanas, hostil a la promesa de la inefable gloria, soberbio y orgulloso de su abismal desgracia!

Quedáis como sumisos corderos entre lobos y para defenderos, el tiempo no me alcanza; pero tenéis a Cristo, cuya misericordia responde a vuestros clavos con sus profundas llagas.

Plagada está la Tierra de pérfidas doctrinas, la fe que nos sostiene padece represalias y quienes nos debieran de encaminar al cielo hoy son demoledores de templos y de almas.

Mas no miréis al frente; alzad vuestra cabeza que vuestro auxilio viene de las altas montañas a donde el enemigo no llega con su vista ni puede remontarse con sus tullidas alas.

Plantadle cara a todas las abominaciones, cuidad sin negligencia vuestras preciosas lámparas; velad y sed custodios de nuestra santa herencia: el dogma, el magisterio, la Verdad revelada.

Por algo compartimos este punto en la historia y padecemos tantas congojas entre tanta perfidia, idolatría y estulticia inauditas, –hoy espurias virtudes de una plebe canalla–.

Hubiera yo querido para vosotros, tiempos de paz y de sosiego, de plenitud cristiana pero nos ha tocado ponernos la armadura de Dios y hacerle frente al mal que nos asalta.

Como vosotros, hijos, tenéis la unción del Santo
guardad con todo celo la tradición amada
y proseguid andando las sendas de los justos
guiados por el faro de la divina gracia.

El hombre se ha propuesto ser Dios y enajenado
por sus ideologías se entrega y se consagra
a mórbidas pasiones, carnales desenfrenos,
abyectos ideales, satánicas alianzas...

¡Salid de en medio de ellos y no toquéis lo inmundo!
El mal que no se impugna se amasa y se idolatra.
Orad por vuestros muchos y crueles enemigos
que habrán de disputaros el campo de batalla.

Sabemos que perdiendo ganamos, si cristianos
caemos. Si el combate destruye nuestra espada
es porque Dios nos quiere privar aun del escudo
para que nuestra sangre fecunde sus cruzadas.

Hoy, llenos de cadenas que llaman libertades,
los pueblos se amotinan, forjan empresas vanas
e indóciles al cielo se dan culto a sí mismos
disputándole a Cristo su realeza sagrada.

Pero vosotros hijos, aún conserváis el credo,
el dogma, la liturgia, la verdad y os separa
del vil un universo de amor y de justicia
y una promesa llena de bienaventuranzas.

Me siento consolado si el ser perseverantes
en la fe fortalece vuestras puntas de lanza
y combatís por ella con toda vuestra furia
las plagas de langostas que ensombrecen el alba.

Quedad con Dios. Que Cristo renueve vuestras fuerzas
y que Su Santa Madre os guarde de esas almas
que viven provocando la ira de los cielos
en tanto que se cumple su cita con las llamas.

Solve et coagula

Toda esta hipocresía de sensibilidades
heridas, concesiones al error y al pecado
y enconados asaltos contra la cruz de Cristo
como si Cristo nunca hubiera resucitado,

toda esta efervescencia de carnales delitos
–cuyo éxtasis efímero concluye siempre en duelo–,
y este mórbido instinto de privarse de alas
por no ganar altura, por no aspirar al cielo,

las glorificaciones de lamentables vicios,
el cínico desprecio de la ley natural
y este moral descenso –hoy laudable y plausible–,
que exalta en los humanos su porción animal,

la absurda tolerancia a cuantos enemigos
aguardan, deseosos, servirnos de verdugos,
el cobarde abandono de la fe y de las armas
y el insólito anhelo de cadenas y yugos,

toda esta podredumbre social, hoy levadura
de un mundo enajenado y alérgico a la luz
que ciego y en tinieblas aguarda, sedicioso,
que su *solve et coagula* desintegre la Cruz,

esta afición a todo lo que entretiene y hace
que el hombre aborregado no tenga que pensar
más que en el hedonismo que insufla su mollera
en tanto que sus amos lo llevan a pastar,

toda esta gran falacia de víctimas que exigen
inicuos privilegios y respetos sociales
que lo único que buscan es que les reconozcan
sus torvas perversiones y pecados mortales,

toda esta rigurosa talmúdica campaña
que incita a la llegada de un espurio mesías
mientras va devorando los cristianos cimientos
con sus fauces hediondas al correr de los días,

este odio incontrolable contra Dios y sus hijos
contra todo lo santo, contra el cielo y lo eterno
tiene un único origen: al rechazar a Cristo,
sobre nuestro planeta se ha volcado el infierno.

Abominación desoladora

Es la abominación desoladora
sembrada donde menos se debiera:
en templos transformados en establos
y en profanos altares vueltos mesas;

en púlpitos manchados de herejías,
en ecos que reiteran la blasfemia,
en parodias sacrílegas de misas
y en lobos devorándose a sus presas.

Es la abominación desoladora
que pudre, que contagia y que despeña
las almas seducidas de los fieles
por un desfiladero de anatemas;

es el rechazo a la verdad y al dogma,
a la revelación y a la realeza
de Cristo como el único Rey digno
de hacer su voluntad sobre la tierra;

es un barniz de luz tras el que bulle
el odio por lo sacro, que contempla
lo falso como cierto y que rechaza
la tradición por inmutable y férrea.

Es el rebelde ataque del Maligno
que arrastra con su cola las estrellas,
y engulle en sus tinieblas sulfurosas
a quienes enaltecen sus vilezas.

Es la abominación desoladora
que haciéndose pasar hoy por Iglesia
católica, abraza al Anticristo
y se rinde al poder de las tinieblas.

Custodios

Somos custodios de la cruz, hermanos,
en una tierra hostil al Redentor
que clavó sobre un leño su dolor
por amor celestial a los humanos.

Somos casi los últimos cristianos
que guardan el pasado con amor
—por la gracia de Dios—, y con ardor
combaten la impostura y sus arcanos.

Somos guardianes de una fe impoluta,
de una tradición sacra y venerable,
enemiga frontal del modernismo;

de una sólida fe que no transmuta
su oro en plomo y por santa y honorable
guarda su nombre fiel: ¡catolicismo!

¿Hasta cuándo?

¿Hasta cuándo, Dios mío, veremos con tristeza
como prosperan todas las obras del malvado?
¿Cuánto más sufriremos triunfar al hombre impío
que engegucido elude tus luces a su paso?

¿Cómo es posible, cómo, que tantos que ayer fueran
tus discípulos fieles te hayan abandonado
para abrazar inmundas doctrinas de demonios,
aliarse a tus verdugos y frecuentar sus antros?

¿Hasta qué negra sima descenderá el rebelde
en busca de placeres y utópicos legados?
¿Cuántos becerros de oro más habrán de fundirse
antes de que tu ira descargue como el rayo?

¿Cuántos vientres maternos más habrán de sumarse
a la carnicería de un mundo depravado
que mientras se despoja de sus propias entrañas
ampara con sus leyes sus instintos más bajos?

¿Hasta cuándo veremos proliferar el crimen,
perpetuar la mentira y cometer los actos
más viles en el nombre de perversas doctrinas
a las que la cordura debiera hacer pedazos?

Mira que el adversario se ha vuelto prepotente
y cada vez tus hijos tienen menos espacio
donde rendirte culto: –tus templos hoy acogen
a millones de Judas que sirven a otros amos–.

¿Hasta cuándo, Dios mío, le llamarán orgullo
a las depravaciones de la carne? ¿Hasta cuándo
veremos este ataque brutal contra la infancia
por parte de las hordas del mal premeditado?

¿Hasta cuándo la injuria a tu cruz y a tu Madre
serán una constante del odio cotidiano?
¿Cuándo presenciaremos tu divina justicia,
la que hoy, humildemente, te estamos suplicando?

Ten piedad, Jesucristo, de nuestras muchas faltas.
Otórganos la gracia que todo buen cristiano
precisa y que el ataque rabioso del Maligno
no logre sorprendernos con los brazos cruzados.

Y mientras abrazamos tu perenne doctrina
y el mundo nos hostiga con su rencor diario
haznos perseverantes en esa fe sublime
que nuestros enemigos pretenden arrancarnos.

Cuesta arriba

Señor, en esas horas en que mi alma
se siente intimidada por las sombras,
cuando el miedo a la cruz que se avecina
hace temblar la llama de mi antorcha,

cuando todo se vuelve cuesta arriba
y aun las espinas hieren a las rosas,
cuando el alba se fuga de mis manos
como una asustadiza mariposa,

cuando la gracia cierra su postigo
y me duele hasta el hueso tu demora,
cuando menos cristiano te parezco
pues mi fe se estremece como una hoja,

es cuando más te ruego que me ayudes
a entender que la zarza no arde sola,
que el desierto precede al paraíso...
¡y que tu agua se esconde tras la roca!

¿A dónde vas?

¿A dónde vas, humanidad caída
ávida de espejismos y oropel?
¿Pretendes en tu barca de papel
llegar hasta la tierra prometida?

Ingrata, prepotente y fratricida
caerás bajo tu torre de Babel
por librar una guerra sin cuartel
contra el Rey de la gloria y de la vida.

Serán tus rebeldías hacia el cielo
la causa de tu súbita desgracia
el día de la ira del Señor

y después habrá un alba de consuelo
para todos los hijos de la gracia,
que aceptaron la cruz del Redentor.

Tú eres

Señor, tú eres la lluvia y yo soy el desierto,
tú el santo pan de vida y yo el hambre interior;
yo la barca que sueña carenar en tu puerto,
la leña que ambiciona consumirse en tu amor.

Tú eres la gota de agua y yo la terca roca
que, gracia sobre gracia, has logrado horadar.
Por ti ciertas palabras perfuman hoy mi boca,
por ti es que soy molino, por ti es que soy lagar.

En horas de consuelo me elevas entre alas
y asciendo hacia preludios de magna beatitud.
Tus manos desarraigan aquellas hierbas malas
que brotan en el claustro de mi frugal virtud.

Tú eres, Señor, la cumbre de mis aspiraciones,
el candil de mi alma, el sabor de mi sal,
mi reposo, mis válidas consideraciones,
la promesa del cielo por detrás del cristal.

Tú eres la llama que arde, serena, en mi pabilo,
el bálsamo en la llaga de mi desolación,
el Divino maestro y yo el simple pupilo
que a tus pies se deshace con filial devoción.

Tú eres, Señor, consuelo de aquellas amargas
que enfrento en mi jornada cual negros monolitos
pero por fe atravieso las sendas más oscuras
como un niño confiado, en tus brazos benditos.

Tu fe

Tu fe debe ser simple. Simple como la vela que ahuyenta la tiniebla del oscuro rincón, simple como la espuma de la obediente estela que escribe sobre el agua su lineal oración;

debe ser como el grano de mostaza pujante que un día toca el cielo con brazos de madera, y crecer obediente, fervorosa, constante, austera por adentro, generosa por fuera.

No intentes, con tu llave, penetrar el misterio; confórmate, aceptando que Cristo es nuestra luz. Haz de tu frágil barro tu propio monasterio y busca las respuestas abrazado a la cruz.

Tu fe debe ser simple; no abundes en razones ni dejes que tu alma se transforme en desván. Que sean, no lo olvides, tus consideraciones, tan simples como el vino, tan simples como el pan.

Fidelidad

Frente a este mundo ebrio por el liberalismo
que ve cual privilegio ser aconfesional,
Señor, tú bien lo sabes: yo sigo siendo el mismo,
católico, apostólico, romano, hasta el final.

Aunque los pueblos, ciegos, forjen empresas vanas
e impugnen con desprecio tu redentora cruz,
aunque pululen miles de doctrinas insanas,
para mí sigues siendo la verdad y la luz.

Mientras los hombres buscan dismantelar el cielo
y ocupar el estrado que llena tu deidad
yo, hincado de rodillas, aspiro a tu consuelo
sabiendo que la gloria comienza en la humildad.

Hoy, que el relativismo se extiende como plaga
y que eres para muchos una caduca opción,
no importa lo que el vulgo diga, haga o deshaga,
yo afirmo tu realeza con mi fe y mi razón.

Ante la acometida de tanta decadencia
y el desmoronamiento de la fe y la moral,
tú continúas siendo la voz de mi conciencia,
mi paz imprescindible, mi pan espiritual.

Por eso aunque tantos –orondos de hedonismo–,
vuelvan a coronarte de espinas con desdén,
Señor, tú me conoces. Yo sigo siendo el mismo
que te ama y reconoce como supremo bien.

Estampa galilea

A los RR.PP. Francisco Jiménez Maroto y Marcelo Veler

Descalzo y por la orilla va la Luz de los hombres
–entre todos los hombres hay uno que es la luz–,
mientras frente a la costa hábiles pescadores
obtienen su sustento del fondo del azul.

Su embarcación modesta sube, baja y se mece...
En ella hábiles manos, con avezado afán,
seleccionan la pesca que danza entre las redes
y guardan en canastas los productos del mar.

De pronto, ante unas voces traídas por el viento,
todos los marineros detienen su labor
al ver que alguien los llama con un solemne gesto
desde la costa. En lo alto, crece el disco del sol.

Descienden de la barca y alcanzan la presencia
de aquel amor divino, de aquel hombre total
que al punto los invita a una nueva tarea:
ser pescadores de almas en un místico mar.

Y marchan tras las huellas del Santo Nazareno
plenos de un sentimiento de íntima beatitud
aunque sobrecogidos, porque al andar frente a ellos
la sombra del Mesías tiene forma de cruz.

Altars del ayer

Altars del ayer, donde la gloria
de Cristo revelaba su esplendor
en cada misa. Hoy sois sólo el motor
de mi amarga y febril jaculatoria.

Han arrasado con la iglesia. El culto
al hombre encomia la herejía
y suman a Tu pan de cada día
desolación e insulto tras insulto.

Pero aquí estoy Señor, si de consuelo
te sirve, fiel a nuestra tradición;
entre santos, retablos y un cristiano

amor a tu sagrario, que es el cielo
donde te hallo tras cada confesión,
católico, apostólico, romano.

Yo quiero ser

Yo quiero ser, Jesús, grano de uva
para tu cáliz de misericordia,
trigo para tu hostia, lino blanco,
pez y pan en tu cesta, agua en tu noria. . .

Yo quiero ser aceite en tus heridas,
bálsamo en las honduras de tus llagas,
olivar en tu huerto, fresca hierba
bajo la majestad de tu pisada.

Yo quiero ser, Jesús, sutil unguento
que rueda por tu frente esplendorosa,
arroyo de esperanza en el desierto,
cántaro para el vino de tu obra;

un humilde discípulo, un ferviente
obrero de tu viña, un buen candil
que irradie a otros tu luz imprescindible
por el amor que me has tenido a mí.

De profundis

De lo profundo clamo a ti, Dios mío;
de las entrañas, desde el corazón.
Los pecados me anegan como río
que desemboca en la desolación.

Soy miseria y cenizas. Y si cuentas
mis maldades, me habrás de condenar.
¡No dejes que te pierda porque a tientas
vagaré en laberintos de pesar!

Pero mírame así, triste y contrito,
humillarme a tus pies. Mi rebeldía
anhela tu rotunda absolución.

¡Oh, misericordioso Dios bendito,
vuelve a mi alma la fiesta y alegría
que conceden tu gracia y tu perdón!

Piensa en la cruz

Piensa en la cruz y abjura del pecado
que vas a cometer. En el madero
se halla el cuerpo de Dios crucificado,
herido por el mal del mundo entero.

Suelta el martillo, llora frente al clavo,
recobra tu humildad de penitente
y guárdate de todo menoscabo
a quien debieras de adorar, ferviente.

Renuncia a tu vinagre y a tu hiel,
quiebra tu lanza, abraza el crucifijo,
y agradece la sangre derramada

por tu Dios. Y si quieres serle fiel
¡besa las santas llagas de su Hijo
a quien ibas a dar la bofetada!

Consuelo

No tengo más consuelo, Señor, que tu consuelo.
Por eso, nuevamente, me ves mirando al cielo

mientras paso las cuentas del pesado rosario
del hecho cotidiano, del dolor a diario.

Soy otra, entre millones de frenéticas cruces,
que choca sus maderos entre sombras y luces

como espada en batalla contra el peso del mundo,
donde un ladrón se puede salvar en un segundo.

Soy pez entre otros peces que se mueren de sed,
contento de tu pesca, contento de tu red,

contento de seguirte, luchando contra escombros
que tantas veces curvan mis desgastados hombros.

¿Quién más tiene palabras de eterna permanencia?
No pueden pronunciarlas la razón ni la ciencia.

¿Quién más, por mí, ha sacado su rostro ante el pecado
y se ha puesto en el medio, servil, crucificado,

para encajar la pena terrible del castigo,
los golpes que debieron de terminar conmigo?

¡Cuánto tengo, Dios mío, cuánto, que agradecerte
más allá de la vida, más allá de la muerte!

Mientras tanto, prosigo mi rutinaria marcha
a pasos cortos y años revestidos de escarcha.

Cuando por vez postrera gire mi vieja noria
permite que mis ojos puedan mirar tu gloria.

Bendición

¡Pensar que anduve tantos años triste!
¡Pensar que estuve tantos años muerto!
¡Que rechacé el edén por un desierto,
que fui un enfermo amante de su quiste!

Puse mi tienda entre las sepulturas,
sordo al llamado del divino amor
hasta que un manotazo de dolor
me obligó a conversar con las alturas.

Grande es la cruz que se nos viene al hombro
pero nunca es más grande que la gracia
que nos da Dios para cargar su peso.

Es hoy –por fe–, que ando. Y no me asombro
de verme caminando en la desgracia
como a quien han premiado con un beso.

Instante milagroso

A María, la más dulce madre

Se pinta un arcoiris en el cielo
y danza el sol, dorando la colina.
La multitud, cansada y peregrina
implora fervorosa por consuelo.

Huele a místicas rosas, frescas, puras,
y el paso cadencioso del rosario
persiste. El cielo ahora es un sagrario
y el sol una gran hostia en las alturas.

Hay paz. Un repentino sentimiento
de contrición que escarba en mi pasado
me sugiere, al llorar, otro bautismo.

Y en un gesto que es casi un sacramento
me persigno y me siento renovado.
Gracias, Padre, por nuestro cristianismo.

Otra vez

Otra vez hijo pródigo, regreso
por el mismo sendero arrepentido
como quien reaparece del olvido
después de haber estado un tiempo preso.

Otra vez, cabizbajo, me arrodillo
y me postro a tus pies bañado en llanto
y me cubres los hombros con tu manto
y acaricias mi sien como a un chiquillo.

Esta escena la has visto repetida
tantas veces, que sólo tu grandeza,
Jesús, me puede dar la absolución.

Hijo pródigo soy toda la vida
pues cada vez que triunfa mi flaqueza
vuelvo a implorar tu gracia y tu perdón.

Eclipse

*Todos se desviaron, a una se han corrompido;
No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.
(Salmos 14:3)*

Hemos entrado al valle de las sombras de muerte
donde rugen blasfemias tan sobrecogedoras
que desgarran el alma. Todo es gris y pervierte.
En lo alto despuntan simulacros de auroras.

El mal se enseñorea del mundo y el misterio
de iniquidad instauro su cátedra del mal
en una espuria Iglesia que, ufana de adulterio,
despoja a sus creyentes de la gracia y la sal.

Presumen los leprosos y conducen los ciegos.
El dogma es ultrajado. Reina la apostasía
y Cristo es hostigado dondequiera que esté.

Energúmenos danzan entre hogueras y fuegos
y los dientes filosos de una hedionda jauría
muerden cruces guardadas por el hombre de fe.

Mater Dolorosa

*Porque pueblo rebelde es éste, y son hijos mentirosos,
hijos que no quieren escuchar la Ley de Yahvé;
que dicen a los videntes: No vedís, y a los profetas:
No nos vaticinéis cosas rectas; habladnos de cosas agradables,
profetizadnos mentiras... (Isaías 30, 9:10)*

Madre, vistes de luto y tras un negro velo
tus ojos nos contemplan con hondo desconsuelo

al penetrar a fondo nuestra miseria humana,
nuestra arcilla rebelde, nuestra soberbia vana,

nuestro desprecio a tantos llamados celestiales,
nuestra adhesión a muchos ignominiosos males

¡y aun las graves blasfemias contra tu amado hijo
de quienes se molestan al ver un crucifijo!

Madre, vistes de luto. La humanidad caída
abjura del Camino, la Verdad y la Vida

y marcha embelesada tras cantos de sirenas
que ocultan lazos, cepos, bozales y cadenas

porque prefiere dulces relatos al oído
a la sangre del Verbo que nos ha redimido.

Hoy tu pecho se aflige con una nueva espada:
los templos de ayer hieden. Una infame cruzada

de modernismo infecta las almas de un rebaño
que en vez de venerarte, se suma a un culto extraño

cuyos jefes sirven a la diosa Razón,
—discípulos de Judas por su grave traición—,

que son la contra-iglesia de la masonería,
libre, igual y fraterna, herética y baldía.

¡Babilonia ha caído! Se ha cumplido el vil plan.
Donde habitara Cristo, hoy se reparte pan.

Pues tal como tú misma predijeras un día
vivimos la ominosa y exacta profecía:

“Roma será la sede –lo es ya–, del Anticristo”.
Nadie nos lo ha contado. Nosotros lo hemos visto.

No me busquéis

No me busquéis en todas mis palabras,
no me busquéis en todos mis encuentros
que no residio en mis contradicciones
ni en el posible error de cuanto expreso.

No me busquéis en vuestras concepciones
porque no soy aquel sino un reflejo,
igual que las estrellas de un estanque
son sólo el duplicado de sus fuegos.

Buscadme en las entrañas de la ausencia,
entre la soledad, tras el silencio,
en las cenizas blancas y candentes
de lo que está quemando su momento;

detrás de la razón preconcebida,
detrás de la pasión por lo terreno,
donde vuestras potencias no conciban
por qué puedo confiar en lo que espero.

Buscadme donde no entendáis a fondo
el anhelo sublime de ser bueno.
Si ahí no estoy, buscadme en lo lejano
que Dios está muy lejos y aún hay trecho.

Monasterio

Yo habito un retirado monasterio
donde a solas dialogo con mi Cristo.
Como único guardián, en él subsisto
cumpliendo con mi humilde ministerio

de amor: pulir los vastos corredores,
atender el jardín siempre florido
donde Dios me celebra, agradecido,
el cuidado que he puesto en tantas flores;

preparar la capilla y, siempre en vela,
aguardar el divino advenimiento:
Jesús que se me acerca y que me ensalma.

Y luego, como premio al centinela,
al irse esparce un soplo de su aliento
dentro del monasterio de mi alma.

Pecado

Maldigo este pecado en que persisto.
Lo sabes, porque guardas la evidencia
y has visto el mal color de mi conciencia.
He vuelto a defraudarte, Jesucristo.

Por eso aquí, a la luz de tu sagrario,
confieso mi papel de mal hermano,
de débil enchapado de cristiano,
de cuenta malograda en el rosario.

Auxíliame a pesar de mis caídas,
concédeme la gracia imprescindible
y haz carne de mi pétreo corazón.

Pues es por el valor de tus heridas
que puede hasta lo infame y lo terrible
borrarse por tu santa compasión.

Monólogo de Adán

Estoy hecho de barro a tu medida
mujer llena de olor a paraíso.
Soy el frágil Adán que un día quiso
que fueras la razón su caída.

Me llegas en la vida y en la muerte
y como que te siento mitad mía,
tus ojos de serpiente –llama fría–,
me obligan a seguirte. Eres más fuerte.

Si hoy me percibes silencioso y triste
es porque intuyo el término del vaso
donde se quebrará mi yo maldito.

Persiste en mí el pecado, Eva, y persiste
el buscar cobijarme en tu regazo.
¡Bendita esclavitud por lo finito!

Monólogo de Noé

La lluvia anega todo el universo,
dentro y fuera, la tierra y mi conciencia.
Indefinidamente en mi existencia
llueve la certidumbre del converso.

Tengo fe, pero floto a la deriva
y el arca de mi cuerpo se resiente
de tanta marejada. Estoy consciente
de que tal vez diluvie mientras viva.

Pero tras de lo gris intuyo un claro
despuntar y el reposo al fin del viaje
donde sueño un descanso de sequía.

Y una blanca paloma será el faro
que, viniendo del cielo a mi abordaje,
pintará un arcoiris de alegría.

Monólogo de Moisés

Gran parte de la vida es un desierto
y un abrir y cerrar de fieros mares
donde ahogamos contrarios y pesares,
desembarcos del mal en nuestro puerto.

Muchas veces la huida es necesaria,
de pronto la intuición nos dicta: -¡Ya!
y entonces descubrimos que el maná
es una fe crecida, extraordinaria.

El simún me ha hecho fuerte. El sol, de hierro.
Para mí es una gloria el arenal.
Mi Dios ni vuelve atrás ni se equivoca.

Rotundo vencedor del mal becerro
contaré mi secreto cardinal:
¡He visto brotar agua de una roca!

Monólogo de Judas

¡Tú siempre condenando la riqueza!
Envidio tus milagros. Yo quisiera
multiplicar el pan a tu manera
y que otros celebraran mi grandeza.

Si las turbas salieran a mi paso
gritando: -¡Judas!, ¡Judas! Pero el Cristo
no vendrá humilde, manso y desprovisto
de bienes, pregonando su fracaso.

Hoy, cuando reposamos en el huerto
me miraste y de pronto sentí dudas
porque me traspasaste el corazón.

Y me sobrecogí con desconcierto
cuando sin voz te oí decirme: -Judas...
¿y me vas a pagar con tu traición?

Monólogo de Satanás

Cuando abjuran de Dios, se hace presente
mi iniquidad con todos sus horrores.
Me encoleriza el hombre penitente
mas me desvivo por los triunfadores.

Soy el gran resentido. Vivo inmerso
en una ineludible pestilencia.
Me irrita el alborozo del converso
y rabio ante la toma de conciencia.

Yo soy el tentador que nunca cesa
de hostigar el viviente hasta el final.
El tibio es para mí una fácil presa
y el incrédulo un siervo de mi mal.

Detesto las virtudes teologales,
la caridad, la transustanciación
y aliento los instintos animales
que pudren la raíz del corazón.

Sin ser carnal, induzco a la lujuria,
incito a lo monstruoso, aliento el vicio.
y antes de someterme a la penuria
de amar a Dios, escojo el precipicio.

Combato el dogma, ataco la creencia,
siembro el relativismo y la anarquía
y no puedo sufrir que la inocencia
se acueste y pueda ver un nuevo día.

Odio todo y a todos. Tuve galas,
–hoy ruinas inservibles–, y aunque ayer
fui luz, llueven cenizas de mis alas
que arrastro en un perpetuo anochecer.

San Francisco de Asís

Devoto del amor y la pobreza,
descubriste el secreto de la vida
en el amor a Cristo y la debida
fraternidad con la naturaleza.

Fuiste una llama de ciprés ardiente.
La caridad brotaba de tu pecho
igual que un manantial insatisfecho
que juzgaba su agua insuficiente.

Para poder vaciarte de ti mismo
te anulaste ante todos tus hermanos.
Y Dios, viendo tu entrega y tu dolor,

quiso acuñar tu excelso misticismo
con sus estigmas y en tus secas manos
dejó tallado su divino amor.

Entonces

...y ya no había mar. (Ap. 21, 1)

Entonces, será entonces cuando al fin pueda verte
sin símbolos, sin velos, cuando ya la plegaria
no se requiera y cuando las fauces de la muerte
dejen de propinarnos su dentellada diaria.

Entonces habrá altares tan solo en el recuerdo
y dejará tu carne de oler a simple pan,
tu sangre habrá llegado con todos a un acuerdo
y otra vez nuestros nombres serán Eva y Adán.

Entonces el pecado, esa maldita herencia
que esclaviza las almas y encadena la piel,
cesará para siempre y tu santa clemencia
limpiará nuestros vasos de residuos de hiel.

Entonces ya tu cuerpo no tendrá cicatrices
y no quedarán dudas como las de Tomás
y habrá paz en los rostros, para siempre felices,
de quienes te siguieron sin mirar hacia atrás.

Entonces los rosarios serán de vivas rosas
y cada cruz la llave para el bendito edén
donde ya renovadas por ti todas las cosas
servirán de reposo transformadas en bien.

Entonces, sólo entonces, el hombre redimido
a través de tu gracia, dejará de llorar
y tú, recopilando todo el llanto vertido,
secarás nuestros ojos ¡y será el fin del mar!

¿Qué queda?

Después de tanto andar, Señor, ¿qué queda?
¿Qué queda tras el hueso adolorido,
de la preocupación por el olvido
y de la juventud que ya está en veda?

¿Qué queda tras la carne que se agrieta,
la batalla entre océano y desierto,
el maratón con su final incierto
y el destino final de todo atleta?

¿Qué queda? Realmente ¿qué cociente
en esta división de muerte y vida,
comprobante de venta y pagaré?

¡Queda el fuego prendido en nuestra frente
que trasciende el misterio y su embestida
gracias a la crecida de la fe!

Puedo

Espérame, Señor, que ya no quiero quedarme rezagado como antaño.
Yo puedo cargar cestas, traer peces,
marchar cuando lo estimes necesario...

Puedo limpiar el fondo de la barca,
remendarte las redes mientras canto
o guardar tu calzado al pie del monte
cuando subes a orar en solitario.

Puedo llenar con agua fresca y pura,
hasta el borde, la hilera de los cántaros
que al dulce mandamiento de tu voz
llenarán de buen vino cada vaso.

Puedo llevar mensajes a los otros
que no saben que en un humilde establo
nació la Luz y aún andan en penumbras.
¡Yo quiero ser, mi Dios, tu humilde faro!

Puedo llegar hasta el brocal del pozo
y darte de beber; salir al campo
a buscarte higos frescos y en los pueblos
traerte a los enfermos desahuciados.

Pero espérame. No camino aprisa,
me desoriento a veces, otras caigo
por no mirar al frente como debo...
y me distraigo, es cierto, ante el sagrario.

Pero sé, sé que puedo con tu gracia
librarme del congénito letargo
que me me lastra los pies y que me deja
al fin de cada tarde, rezagado.

Espérame, Jesús. Y si no sirvo
más que para remiendo de tus paños...
¡déjame ser un hilo, sólo un hilo
del último dobléz de tu sudario!

Miserere mei

Por más que no lo quiero
sigo roto,
pero en manos de quien puede recomponerme;

incompleto,
pero en manos de quien puede finalizarme;

sediento,
pero en manos de quien puede llenar mi copa;

peregrino,
pero en manos de quien otorga el reposo;

sucio,
pero en manos de quien blanquea como la nieve;

moribundo,
pero en manos de quien concede la vida eterna.

¿Que más pueden pedir estas cenizas?

¡Misericordia! Sí. Misericordia.

Hacia Galilea

Voy siguiendo tus pasos muy de lejos,
venerando tu estela ensangrentada
que, plena de lumínicos destellos,
siembra huellas de amor en la distancia.

Quiero encontrar tus sienes espinosas,
el divino refugio de tus llagas
y el olor a vinagre de tu boca
que puede perdonar mis muchas faltas.

¿Dónde estás, nazareno? Ya es de noche
mas no quiero acampar. En la montaña
pude escuchar a mudos dando voces,
vi a ciegos estrenando la alborada,

a leprosos besar sus propias manos,
a sordos bautizarse en la palabra...
¡y vi muertos salir del camposanto
regresar, jubilosos, a sus casas!

Ando tras de tu voz que aplaca mares,
suplicando el reposo de mis aguas
y he traído mis panes y mis peces
para multiplicarlos con tu gracia.

Porque confío en que tus santas manos
guardarán los despojos de mi barca
¡y habrá un amanecer de lino blanco
cuando alcance tu orilla iluminada!

Entrega

¡Bendito seas, Dios crucificado,
hombre de mil dolores, Jesús mío,
cuya muerte sellara el hierro frío
con un punto y aparte en tu costado!

Fruto del árbol de la eterna vida
que sigue prodigándose a pedazos
en cada altar. Acógeme en tus brazos
que he de besarte herida por herida.

Al pie estoy de tu cruz, con sed de cielo,
de servirte de apóstol y testigo
que agradece tu sangre y tu dolor.

Mas si no tienes para mí un consuelo,
¡acéptame cual grano fiel de trigo
que aspira a la molienda de tu amor!

Piedad

Santa Madre de Dios, ¿qué sufrimiento
se puede comparar a la agonía
de recibir a tu hijo macilento,
a tu Jesús, bajo la cruz sombría?

Y en el altar de tus maternos brazos
arrancar las espinas de su frente,
abrazarte a su carne hecha pedazos
y besar sus heridas tiernamente...

¿Qué angustia puede ser más tormentosa
que el repudio del bien, que ver al mundo
queriendo prescindir de la alborada?

Ese día, tu rostro fue una rosa
marchita de dolor. Y en lo profundo,
sangró tu alma al filo de la espada.

Deber

Contra la falsedad entronizada,
el mal usurpador e impenitente,
contra el error que embestiré de frente,
aflaré la punta de mi espada.

Ante mi propia sangre derramada,
–que Dios me asista–, fiel e intransigente
como todo un cristiano, haré evidente
la insidia del pastor y su emboscada.

Y juro combatir al enemigo,
sus obras de tinieblas y la inquina
de su maquinación devastadora

con todo el corazón. ¡Arriba el trigo!,
que la cizaña ondea en cada esquina.
Si hay que morir por Cristo, ¡esta es la hora!

Horror

Llega un tiempo de horror. Crece un gigante
harto de males y abominaciones
ante el cual se doblegan las naciones
que ven en Dios un mito agonizante.

Puja la sombra, retrocede el alba,
el hombre libra todas sus pasiones
y el mal penetra en todos los rincones
desalojando a la verdad que salva.

Y al grito de “¡Laicismo y libertad!”,
“¡Separación de iglesia y de estado!”
y una agenda mundial anticristiana,
lo profético se hace actualidad.

–Refugiaos en la herida del costado
que el Anticristo abordará mañana–.

Reconocimiento

Paradoja de gloria que ante el mundo te humillas,
flor de carne que a golpes marchita su verdor,
los hijos de la sombra despedazan tu vida
sin saber que se quedan salpicados de Dios.

Aún ruedan secas palmas barridas por el viento,
recientes testimonios de tu entrada triunfal,
cuando hace una semana te llamaban maestro
los mismos que hoy reclaman verte crucificar.

De mano en mano ruedas, escarnecido y mudo
bajo el ensañamiento, el golpe y el agravio
de quienes no toleran la luz que traes al mundo,
que arrastres multitudes y remitas pecados.

Profanan la reliquia de tu piel malherida
con dientes de flagelos; escupen en tu faz
e incrustan en tu frente un túmulo de espinas
en medio de improperios contra tu majestad.

Te encajan el madero sobre la curva espalda
y al paso de caídas, palidez y estertor,
rubricas con heridas de tus sangrantes plantas
un nuevo testamento: la humana redención.

El cielo se hace plomo. El cuadro tenebrista
culmina en paroxismo cuando el poder del mal
se engríe ante el ocaso de tu menguante vida
sin sospechar del cuerpo que resucitará.

Con tres punzantes actas de hierro sobre carne
te cuelgan sobre el signo de la contradicción
y pendes a los vientos cual rasgado estandarte
que despliega el secreto del misterio hombre-Dios.

Disculpa Nazareno cuando, a veces, tentado
por luces deslumbrantes, he pospuesto mi fe
o he cambiado por botas mis sandalias de santo
o he bebido de fuentes que me dejan con sed.

Perdona cuando me hallas vagando entre los muertos
o lejos del camino que lleva hacia el altar.
No quiero que me canten más gallos como a Pedro,
ni unirme a los que gritan: ¡Jesús no!, ¡Barrabás!

Soy Lázaro, Zaqueo, Longinos, Tomás, Pablo,
a veces leproso, mas como el buen ladrón,
a pesar de mis faltas, errores y fracasos
mi fe te reconoce como a mi único Dios.

Oración

Oh Dios, que con tu sangre vuelta un ígneo torrente recorriste las sendas de la muerte y la vida y en cada llaga abierta te transformaste en fuente de luz para nosotros, la humanidad caída.

Tú que morir quisiste con los brazos abiertos, –monumental abrazo de amor a los humanos–, y que resucitaste de entre todos los muertos volviéndote esperanza todos los cristianos,

ven. Ruédame la piedra de mi sepulcro oscuro, llega ante mi cadáver, rasga este mal sudario que tan pegado llevo de haber vivido impuro, inútil, como el hueco de un vacío incensario.

Si tuviste palabras de perdón para aquellos que al verte destrozado se burlaron de ti, tal vez viste mi rostro confuso entre uno de ellos. Perdóname, Dios mío, porque yo estuve allí.

Te vi morir grandioso. Como un pájaro helado tendido sobre el mundo con sus alas abiertas que a pesar de su cuerpo maltrecho y desgarrado velaba por sus crías bajo sus plumas yertas.

Así, en tu gesto cupo la humanidad entera, uniste cielo y tierra y oeste y este en luz; tu corazón en medio. Carne, hierro y madera, sellaron el profundo misterio de la cruz.

Apártame la piedra de mi tumba, que es tarde. Mi lámpara está llena de aceite. Quiero arder. No dejes que me canten más gallos por cobarde. Mi fe promete un alba. Sé tú mi amanecer.

Perdóname estos años baldíos. Un buen huerto me diste y, por descuido, lo tengo sin labrar. Fecunda mi esperanza, florece en mi desierto y apártame la piedra. ¡No quiero seguir muerto! ¡Apártame la piedra para resucitar!

Ante el altar

Señor, ¿me reconoces? Soy aquel habitante
del valle de las sombras que hoy se vuelve a la luz.
Me he propuesto seguirte de ahora en adelante.
Pienso unirme a tu vida como el clavo a la cruz.

Sé que al rozar la orla de tu túnica blanca
con mis manos culpables de pecado y de ausencia,
tendrás misericordia. ¡Acércate y arranca
cuanta cizaña encuentres metida en mi conciencia!

Señor, ¿me reconoces? Debajo de esta costra
de polvo y de cenizas, se despereza un muerto
que, hastiado de carroña, a tus plantas se postra
como tú te postraste aquel día en el huerto.

Te encomiendo mi vida; a pesar del pasado
ordena mi presente para que en el futuro
llegue a la puerta estrecha humilde y consagrado,
no apóstata y rebelde, no réprobo y oscuro.

Sé que me reconoces. Puedes verme por dentro.
Tú penetras las almas cual la luz al cristal.
Por ti todas mis cosas giran en torno al centro.
Por ti encuentro el descanso. Por ti vuelvo a ser sal.

En tus santas pupilas

Virgen de Guadalupe, santa madre del Verbo,
hermosa y tan humilde que vistes con ayate,
traigo mi alma cristiana desolada cual cerro
y aguardo rosas frescas que me alegren el viaje.

En días tenebrosos me iluminan tus rayos,
en noches interiores me orientan tus estrellas
y bajo el poderoso refugio de tu manto
una íntima paz baña de gracia mi existencia.

Me rindo ante tu imagen, al pie de tanta gloria,
con filial sentimiento, con devoción profunda.
Tú has convertido en carne mi corazón de roca
y me has ido puliendo con la luz de tu luna.

Suplico aquellos dones que Dios te ha prodigado
para nosotros, pobres y vanos pecadores.
¡Por tu misericordia, haz que con tu rosario
pueda volver diamantes mis más negros carbones!

Contigo, uno mis manos en oración al Padre
y te devuelvo flores que hoy crecen en mi alma.
Tu presencia hace menos amargo nuestro valle
a pesar de las piedras que desgarran las plantas.

Virgen de Guadalupe, te encomiendo mi vida.
Que cuando Dios reciba mi suspiro postrero
me descubra entre aquellos que habitan tus pupilas
pues tus ojos piadosos abren la puerta al cielo.

Apocalipsis

Un día desperté con el silencio
prendido a la raíz de mi garganta,
desempolvé el espejo de mi encuentro
y me observé metido en una jaula.
De pronto, percibí detrás del sueño
y contemplé la vida que pasaba
con la sabiduría del regreso,
como si hubiese vuelto del mañana.
Entonces lo vi todo absurdo y hueco
y vano y vanidoso; una gran masa
de hombres enclaustrados en sus cuerpos,
de locos y de ciegos con mirada.
Vi llagas para todos los remedios
y miles de millones de palabras
y máquinas pensantes como sesos
y sesos ordenados como cajas.
Y me dispuse a hablar: brotó mi aliento
cortante como el filo de una daga.
Me acusaron de inútil y de enfermo,
de rebelde, de pieza inadaptada.
Después, pidieron ver todos mis sueños
y los catalogaron; con escuadras
midieron su tamaño en pies y en metros,
los juntaron en fardos y en manadas
y llegaron filósofos y expertos
repletos de carcoma en la palabra
para clavar mi paz en un madero,
para escupir sus miedos en mi cara.
Y entonces me alejé con el silencio
llevándome el secreto del mañana:
¿La hora? Apocalipsis menos cinco.
Quedan cinco minutos... ¡para nada!

Búsqueda

Crucé vastos desiertos, paraísos en ruinas,
amasé falsedades que ahuyentaban la luz;
deambulé como ciego, perseguí multitudes
pero siempre acababa retornando hacia el sur.

Devoré bibliotecas, bebí en fuentes arcanas
mas el conocimiento me produjo desdén;
perdí miles de ovillos en negros laberintos,
bebí todas las lluvias y aún seguía con sed.

Me inicié en los misterios y con gran desencanto
naufagué entre preguntas de un gran mar interior.
El vacío absorbía mi lineal existencia
que seguía cual templo sin consagrarse a Dios.

Pero una tarde llena de gracia y providencia
–al caer de rodillas ante a una simple cruz–,
sentí que se entreabrían las puertas de mi alma
y la paz me abrazaba diciendo: –¡Soy Jesús!

Gracias

Señor, gracias por todo. Por tu eterna paciencia,
por mi fe y la carga que he de sobrellevar,
por este arroyo humilde que ha sido mi existencia,
que al final de la vida desemboca en tu mar.

Gracias, porque quisiste trazar para nosotros
el difícil sendero que conduce a la luz
cuando dijiste: "Amaos los unos a los otros..."
y nos diste el ejemplo con tu muerte en la cruz.

Si vuelves la cabeza para ver lo dejado
sabrás de un peregrino que viaja tras de ti:
soy yo con la cruz sucia, Señor, de mi pasado,
pidiéndote las gracias que guardas para mí.

Te sigo, no impulsado por el buen pan de trigo
sino por el que sacia mi hambre espiritual.
Dueño del Agua Viva, Buen Pastor, Vid, Amigo,
ayuda a que conserve mi cualidad de sal.

Gracias por los momentos de paz que he conocido
y este constante arado de angustia sobre mí
porque sé con certeza que tú lo has dirigido
para ensanchar los surcos de mi Getsemaní.

Después vendrá tu siembra. Que mi terreno acoja
con sed de ver florida, tu sagrada simiente.
Si hieres, es que podas mi árbol hoja a hoja
para que cada fruto crezca resplandeciente.

Gracias por la alegría con que me has bendecido
aunque también bendices cuando impartes dolor.
Mi fe hoy tiene el aspecto del árbol abatido
que tras cada tormenta renueva su verdor.

Señor, gracias por este destello de conciencia
con el que te percibo tras de todas las cosas.
Eres la certidumbre que eleva mi existencia
desde el más tosco barro hasta cumbres gloriosas.

Te seguiré y no importa si el viaje es duro o largo
si es eso lo que tienes dispuesto para mí.
Si caigo, sacudiéndome el polvo más amargo
y a pesar de mi angustia, te diré, sin embargo:
–Bendito seas, Padre. Mi cruz es para ti.

Acto de fe

¡Señor mío y Dios mío! yo nunca vi tus llagas
ni manché con tu sangre mis sandalias indignas;
no introduje mi mano dentro de tu costado
ni arranqué de tu frente las brutales espinas.

Yo no bajé tu cuerpo de la cruz oprobiosa,
yo no extraje los clavos de tus palmas hendidas,
yo no lavé tu cuerpo sobre la adusta roca
ni recubrí con lino tu omnipotencia fría.

Yo no encontré apartada la losa del sepulcro
ni descubrí el sudario plegado en una esquina,
ni corrí, dando voces, a contar el milagro
de otra vida perpetua más allá de esta vida.

Pero a pesar de siglos de diferencia, ¡creo!,
Tu cruz sigue vigente para mi fe crecida
que tiene como cumbre tu pasión redentora
a la que, humilde, asisto en cada Santa Misa.

Creo

Definitivamente creo en Dios hecho hombre.
Creo en el alto precio de la sangre bendita
que baña una cruz negra y en el dolor sin nombre
del cuerpo que más tarde, glorioso, resucita.

Creo en el huerto oscuro en el que vibra el rezo
de un angustiado pecho que sangra, gime y arde.
Creo en el que recibe la traición con un beso
sin limpiar en su frente la baba del cobarde.

Creo en la Iglesia, el juicio, el cielo y la condena ,
en la casa erigida sobre sólida roca,
en el llanto sincero de cualquier Magdalena
y en la mano divina que sana cuanto toca.

Creo en la mansedumbre del que aparta la espada
y enfrenta la injusticia con un amor gigante,
el furtivo mensaje, en la interna llamada
y en el transfigurado de ahora en adelante.

Creo en los lentos pasos con una cruz a cuestas
de Aquel que, por nosotros, se ofreció en el calvario,
creo en el cielo y creo que sumas cuando restas
hombre humilde que cargas tu madero a diario.

Creo en el que me ordena donde tirar la red,
en la pesca abundante, en la maldita higuera,
el bienaventurado que ha calmado su sed
y en la gracia que adviene cuando no se la espera.

Creo en leprosos limpios, paralíticos sanos
y el pecador que entierra su orgullo y se levanta;
en el dogma divino, nuestra fe de cristianos,
en María doliente y en la sábana santa.

Creo, y creo en un día donde fraternalmente,
compartiré con otros la tierra prometida;
creo en el que recobra la vista de repente
y encuentra, en un milagro, su puerta de salida.

Creo en esta bendita locura que me llena,
en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo;
en aquel que me pide que comparta su cena
y que a pesar de todas mis faltas, me ama tanto.

Definitivamente, Señor, creo en tu nombre,
conciencia en mí, latido, razón por la que existo...
¡Oh, Padre, si pudiera yo sería ese hombre
que desclavara el cuerpo de tu hijo Jesucristo!

Confesión

Perdóname, Dios mío. Perdona mis pecados
y esta culpa que hoy lloro con los ojos cerrados,

pero otro aldabonazo de conciencia me asalta
y pinta ante mis ojos mi más reciente falta.

He vuelto a hacer jirones el velo del santuario
con todas las espinas que cultivo a diario.

¡Cuánto daría, cuánto, por serte siempre fiel
y no empapar tus labios con mi esponja de hiel!

Sé que nada merezco sino sombra y rechazo
y que la luz me vuelva la espalda de un portazo,

mas mi dicotomía de santo y pecador,
–a pesar del pecado–, reclama un redentor.

Y en la incesante pugna de mi alma contra el barro
me sublimo, me pierdo, Te busco y me desgarró

mientras mi vida gira como una doble noria
que viste pesadillas con cintillos de gloria.

Pero aquí vuelvo siempre, al pie del crucifijo
que es la llave del cielo con que tu santo Hijo

nos insta hacia lo eterno. Hoy acepto tu oferta.
Por tu misericordia, ¡no me cierres la puerta!

Prometo remendarte tu velo malogrado
volviéndome pequeño, poniendo el mundo a un lado.

Perdóname, Dios mío. Por todos los desiertos
te seguiré buscando con los ojos abiertos.

Me abrazaré a tu cruz

Me abrazaré a tu cruz vilipendiada
que hoy sufre una sacrílega tormenta
de barro que se engríe, te hace afrenta
y busca ver tu Iglesia flagelada.

Me aferraré a la orla de tu manto
ante el embate de la apostasía
que azuza, furibunda, su jauría
contra los guardas de lo sacrosanto.

Me abrazaré a tus clavos, a tus llagas,
a tu frente abrumada por espinas
y a tu profunda herida del costado.

Y mientras caen los hombres entre plagas,
multicefálicas y luciferinas
sectas minan la escala del papado.

Letanía

De tantos defectos, de tantos pecados,
de pasos tardíos y brazos cruzados,
líbrame, Señor.

De aquellas miserias que aún me atrevo a amar,
de los escalones que acepté bajar,
líbrame, Señor.

Del deslumbramiento y del espejismo,
de la cercanía del súbito abismo,
líbrame, Señor.

Del punto y aparte que aparta al hermano,
del corazón frío, de la fría mano,
líbrame, Señor.

De vastos espacios que he dejado abiertos
para que los llenen de muerte los muertos,
líbrame, Señor.

De las tentaciones detrás del cristal,
de las decisiones que se toman mal,
líbrame, Señor.

De pálidas luces, mezquinos reflejos
y sombras indignas sobre mis espejos,
líbrame, Señor.

Del bien que pospongo, del bien que diluyo,
de aquel que no quiere que yo sea tuyo,
líbrame, Señor.

De los calendarios de lodo y de cal
y la inútil siembra sobre el pedregal,
líbrame, Señor.

Del canto del gallo, la sal desabrida,
la higuera sin frutos y toda caída,
líbrame, Señor.

De la mala sangre que duerme en las venas,
de manos vacías y de manos llenas.
líbrame, Señor.

De lo innecesario, de lo prescindible
del altivo barro que se cree irrompible,
líbrame, Señor.

De la puerta ancha y del vano elogio,
del injusto olvido del martirologio,
líbrame, Señor.

Del indigno vino, de la levadura
de toda impureza que pase por pura,
líbrame, Señor.

Del amigo falso, del naipe en el puño,
la frase cortante y el traidor rasguño,
líbrame, Señor.

Del bien retenido que no se comparte,
de aquello que impida que yo pueda amarte,
líbrame, Señor.

De errados atajos, creencias baldías,
altares sin cruces y cruces vacías,
líbrame, Señor.

Del papel mal hecho sobre el escenario,
de la indiferencia hacia tu sagrario,
líbrame, Señor.

De la negligencia, de la frialdad,
de los falsos cristos con falsa piedad,
líbrame, Señor.

Del círculo roto, del bien inconcluso,
de la indiferencia y el abyecto uso,
líbrame, Señor.

De rotas cisternas y fuentes amargas,
de innobles metales e ilícitas fraguas,
líbrame, Señor.

De huecas palabras sobre mis oídos,
de malos consejos e injustos olvidos.
líbrame, Señor.

De la cobardía, de la indiferencia
y de tu reproche sobre mi conciencia
líbrame, Señor.

Mas de tu sublime gracia y de tu amor...
¡nunca, nunca libres a este pecador!

Delito

Si mi delito es confesar que Cristo
es Dios, que es mi esperanza y mi Señor,
me declaro culpable del amor
que le tengo. Para Él vivo y existo.

Y si es también delito el hondo anhelo
de bien que me florece en las entrañas,
que vengan a buscarme las guadañas
de quienes confabulan contra el cielo.

Pero habré de morir cristianamente:
abrazado a mi lámpara encendida,
con sal y con mi lengua desgarrada

de refutar el mal. Contracorriente
ha de marchar el justo por la vida
o al final de su vida... ¡será nada!

A Nuestra Señora de Guadalupe

Eres la más hermosa de todas las mujeres;
pura, santa, divina, toda llena de rosas.
Perfumas días, tardes, noches y amaneceres
y en paz guardas mi vida sobre todas las cosas.

Madre que en los eriales haces brotar las flores
por tu querer sublime y el poder celestial,
¡no dejes que Dios vea los pálidos colores
que delatan mi alma cuando me roza el mal!

Te venero. Dichosas las fúlgidas estrellas
que iluminan el cielo de tu sencillo manto.
¡Si yo pudiera un día brillar como una de ellas
para alumbrar tu imagen con celo sacrosanto!

Bendito sea el ángel que sostiene la luna
sobre la que reposan tus delicados pies.
Un rayo de tu cuerpo debió alumbrar mi cuna
porque te siento madre dondequiera que estés.

Virgen de Guadalupe, a tus plantas me postro
humilde, suplicando tu santa intercesión.
¡Cuánto me gustaría ver grabado mi rostro
sobre la blanca tilma de tu gran corazón!

Necesidad

Este absurdo poema –lo presiento–,
va a terminar en nada. Es un vacío
crepuscular que surge de mi hastío,
la reverberación del descontento.

Este poema es todo un desconsuelo
o un coágulo –no sé–, de sangre o tinta
cuajado en el papel donde hoy se pinta
mi fe, quebrada en láminas de hielo.

Este poema necesita un Cristo
que me empuje a la cumbre de un calvario
donde sea preciso un buen ladrón

y que luego me explique por qué insisto
en volverle la espalda a quien, a diario,
resucita mi débil corazón.

Sólo a tus pies

Sólo a tus tus pies, Señor, hallo la paz
y sólo cuando tú eres timonel
consigo reposar en mi bajel
pues la tormenta cede ante tu faz.

Sólo cuando te busco de rodillas
y me bendice tu divina gracia
sobrepaso el umbral de la desgracia
y dejo de ser sombras, cal y astillas.

Sólo a tu izquierda y sólo a tu derecha,
sólo a tu arriba y sólo a tu debajo
vuelvo a bruñirme y vuelvo a ser badajo,
vuelvo a ser trigo y vuelvo a ser cosecha.

Sólo a tus pies, Señor. Y vivo así,
aguardando tu sacro advenimiento:
pentecostés del alma. ¡Sople el viento,
para también poder morir por ti!

Ecumenismo religioso

Nada tienen, por cierto, de elogiables, congregaciones entre el bien y el mal, ese roce de Cristo con Belial revestido de gestos amigables.

¿Cómo puede el error darse las manos con la verdad? ¿Qué infiel y negra luz justifica la poda de la cruz para placer a herejes y a paganos?

¿Cómo puede un católico aceptar lo relativo, cuando lo absoluto se nos hace patente en Cristo Rey?

Sobre mesas que fungen hoy de altar se ofrece a Dios un malogrado fruto y se huellan las tablas de la ley.

Confusión

Señor, dame tu gracia redentora.
Mira que la cizaña invade el trigo
y vemos agrandarse al enemigo
mientras la barca de la fe se escora.

Subida al pedestal, la incongruencia
destrona a la razón, y otro modelo
de humanidad que ya no aspira al cielo
prolifera sin cargo de conciencia.

Triunfa la perversión y un malherido
Cristo sufre el horror de otro calvario.
Reina una exasperante confusión:

el pecador no sabe que ha caído,
el muerto está de fiesta ante el osario,
y el réprobo hace escarnio del perdón.

Dios te bendiga

Dios te bendiga en el dolor humano,
Dios te bendiga en el pesar latente,
Dios te bendiga en la virtud naciente
y el rutinario tedio cotidiano.

Dios te bendiga en la melancolía,
Dios te bendiga en el desasosiego,
en la zozobra, en la inquietud, el ruego,
en la fe, la esperanza y la alegría.

Dios te bendiga en tu peregrinaje
cuando es más arduo el tramo del camino,
en el encuentro con el duro espino
y en la feliz realización del viaje.

Que lleno del rocío de su gracia
santifiques en paz tu humilde vida;
que él proteja tu entrada y tu salida
y encuentres su consuelo en la desgracia.

Dios te bendiga y que después del llanto
recibas el bautismo de su luz.
Que lo ames y de haberlo amarlo tanto,
te vuelvas otra astilla de su cruz.

Marca divina

Clavo de Dios metido sobre el barro del hombre,
llevo en mí la divina marca del alfarero.
Mi corazón, esclavo de lunas y de soles
trasciende, sin embargo, relojes y universos.

Recibo invitaciones de cielos y de abismos
y a veces me retraso por causa de la niebla
pero es mi fe el secreto de sabio peregrino
que logra mantenerme de cara a las estrellas.

La hondura de mi alma tiene orígenes altos
y busco, dando brincos, la matriz redentora.
Erijo trascendentes monolitos sagrados,
y extraño un paraíso perdido entre las sombras.

Largas noches y días en campos de batallas,
al golpe de enterezas, definen mi destino.
En mi oquedad resuenan las voces de mil flautas,
cantos que reproducen ancestrales sonidos.

Soy más que un simple odre capaz de sacar cuentas,
y soy más que un guarismo casual en la negrura.
Exhibo las puntadas que una aguja en mi tela
cosió desde lo alto. Y trasciendo mi tumba.

Laten dos corazones en mi pecho, que tratan
de hacer con sus tambores una sola canción:
uno es el de este hombre que a veces se malgasta
y otro es el de este hombre que siempre aspira a Dios.

En las manos de Dios

En las manos de Dios caben heridas
de lanza, bendiciones y milagros,
astillas de una cruz, llagas, espinas,
ungüento y una jarra de alabastro.

En las manos de Dios caben misterios,
los dolores divinos, los humanos,
nuestras miserias, trances y portentos
y las huellas de dos pies perforados.

En las manos de Dios cabe ese niño
cuyo universo salta hecho pedazos
en el claustro materno, y el rocío
sangriento con que lacra su obituario.

En las manos de Dios caben gavillas
de trigo, estertores de los santos,
tinajas, una túnica partida,
y un corazón de madre fiel y amargo.

En las manos de Dios caben la duda
de un centurión que tiembla en el Calvario
y un ladrón que, mirando hacia la altura,
se roba el paraíso sin pensarlo.

En las manos de Dios caben martirios,
un apóstol incrédulo, un establo
donde Dios se hizo carne y el gemido
de un alma arrepentida de su estado.

En las manos de Dios caben fatigas,
reposos, las monedas de un ahorcado
y alguien que, rebotante de alegría,
descubre su tesoro en el sagrario.

Caben también el barro envanecido
y la salud del bienaventurado,
el Corazón Sagrado del Ungido...
¡y hasta el mismo perdón de los pecados!

Has de ascender

Has de ascender de la raíz podrida
hasta la santa copa milenaria
por la escala de luz de la plegaria,
consagrándole a Dios toda tu vida.

Apártate del mundo, halla tu gloria
en el carbón y Dios te hará diamante;
ríndete a Él de ahora en adelante
y que de ti no quede ni memoria.

Has de marchar pero con Cristo al frente,
dejando tu costumbre de hombre necio,
mirando únicamente hacia la altura.

No importa que te humillen por creyente
ni que sufras la espina del desprecio.
La cordura de Dios es tu locura.

Yo he de vencer

Yo he de vencer porque lo quiere el cielo,
porque mi auxilio viene de la altura,
porque la luz conquista la negrura
y porque Dios es mi supremo anhelo.

He de vencer, inevitablemente,
aunque ascienda por ásperos caminos
erizados de piedras y de espinos,
pues mi refugio es el Omnipotente.

Por más que el mal procure mi caída,
que me acosen angustias, sinsabores
e intente doblegarme el desaliento,

¡he de vencer! Porque mi propia vida
le pertenece a un Dios lleno de amores...
¡yo he de vencer hasta el dolor que hoy siento!

Catedrales

Yo sigo edificando catedrales
en medio de soberbios rascacielos
que miran, prepotentes, a los cielos
con sus helados ojos de cristales.

Yo sigo decorando con retablos
la humilde soledad de mi interior
donde en cierta capilla arde el amor
alerta a las insidias de los diablos.

Sigo a mi Dios mientras el mundo olvida,
pone en duda, se alza y arremete
contra la cruz y el Bien, emponzoñado;

mientras la humanidad, sucia y caída,
se enorgullece de un inmundo ariete
hecho de escombros de color dorado.

Salmo para el día de hoy

¡Dios mío, no permitas la pérdida de mi alma!
Que tu luz me ilumine, que me asista tu gracia.

Ando por tierras llenas de insaciables verdugos,
seres endurecidos como azocados nudos

que se jactan de todo lo que a ti te repugna,
que adoran los despojos y reptan por la bruma.

Líbrame de las trampas del cazador rebelde
que persigue tu efigie con baba entre los dientes;

ese que te rechaza, te odia, te abomina
y danza frente al pozo de la sangre vertida

del mártir. No es mi carne lo que quiero salvar
sino mi alma, Dios mío. Concédeme esa paz

que el mundo desconoce por infiel y rebelde,
la que baña de lo alto, la que nos hace fuertes

ante el error que avanza simulando piedad,
mientras planta entre todos su abominable altar.

Otórgame la gracia de aquellas claridades
que perforan la sombra como un puñal radiante

porque, mientras florecen mentiras y traición,
tu luz se va cerrando como un obturador

por el que solamente penetra el ojo fiel.
Caín se multiplica. Déjame ser Abel.

Salmo breve

Jesús, de ti procede mi descanso,
¡roca mía, mi fuerza y salvación!
Por ti el león de mi alma es hoy un manso
cordero con un limpio corazón.

Cansado de este valle de la muerte,
me anima la visión de un más allá
donde mi aspiración por poseerte
se crece ante el desierto y el maná.

Ando desarraigado entre los vivos,
como vivo entre muertos, cual leproso
que despreciado por su enfermedad,

hallándote entre espinas y entre olivos
cae a tus pies rogando fervoroso:
¡Señor mío y Dios mío, ten piedad!

Lucha

Señor, ¡cuántos católicos, vencidos,
renuncian a sus armas mansamente
y chapotean hoy en el torrente
de inmundicia de todos los caídos!

¿No había que aguantar? ¿Vivo a diario
la verdadera fe? ¿No soy de Cristo?
¿A quién me debo? ¿Por quién soy y existo?
El mal ha penetrado en el santuario

y una conflagración sacude el mundo:
esa temida, esa vaticinada
guerra entre mal y bien, sombras y luz.

Resistamos al margen de lo inhumano
y si cae nuestra sangre derramada
¡que sea por la gloria de la cruz!

Repudio

Cuando el hombre no puede sufrir la luz de frente
destrona a Dios y ocupa Su asiento en las alturas,
les llama claridades a las cosas oscuras,
abrazo la inmundicia, se engríe prepotente;

desanda los peldaños de gracias y virtudes,
repudia las fronteras que apartan bien y mal
y desarticulando su andamio espiritual,
se suma a los placeres de ciegas multitudes.

Y al fin, enajenado por el relativismo,
ausente voluntario del ámbito del bien
termina sollozando desnudo ante su edén:
desolación y polvo, cristales y espejismo.

Venerable madero

Venerable madero, humilde cruz de Cristo,
retablo de la sangre y el cuerpo del Señor
donde pendió angustiada la humanidad del Hijo
sujeta al abandono, la sed y el estertor;

también yo tengo tengo astillas y nudos en mi alma
que sólo con su gracia Dios puede deshacer
y clavos que me llueven a veces de las manos
y caen sobre su cuerpo que vuelve a padecer.

¡Oh cruz, magno estandarte del gran poder del Cielo,
predestinado símbolo de la contradicción,
como tú acojo a Cristo con los brazos abiertos
y la firme esperanza en la resurrección!

Propuesta

Ya no quiero saber porqué, Dios mío;
me conformo ignorando la respuesta
y reduzco mi vida a la propuesta
de volcar en tu mar mi humilde río.

Ya no busco indagar en el misterio;
me conformo, Señor, con aceptarte
y poder ofrecer mi mejor parte:
la que trasciende polvo y cementerio.

Tú me has dado las pruebas. Una arcana
señal ha deslumbrado mi conciencia
como un sol avivándose en la altura,

como si el repicar de una campana
solicitará mi alma con urgencia
para librarla de su desventura.

Una obra bien hecha

Al Rvdo. Monseñor Timothy Hennebery

R.I.P.

Yo no sé si fue santo, pero sé que fue bueno,
que abandonando todo se dedicó a servir
y se enfrentó a este siglo con su porte sereno
y una fe bien calzada. Que supo combatir.

Perseverante, nunca dejó caer su escudo.
Su vida inspiró a muchos. Siempre íntegro y jovial,
pudo hacer muchas cosas y por Dios fue que pudo,
por su lámpara ardiente, por su pizca de sal.

Descanse para siempre quien nunca quiso duelo.
Su recuerdo es antorcha para muchos cristianos
que por él conservamos la fe y la tradición.

Dios no ha de escatimarle un trozo de Su cielo
pues levantó su templo con fervorosas manos
dejando, por cimiento, su propio corazón.

Matadero

Este es un matadero organizado
donde todo aparenta lo que no es.
Una cruz jorobada y al revés
pende sobre el dintel del magistrado.

En un rincón Jesús sacramentado
vuelve a ser coronado con espinas.
Se proclaman delito sus divinas
palabras y de nuevo es condenado.

La dignidad humana es la suprema
preocupación de un subvertido mundo
deícida y amador de lo factual.

A pocos les preocupa el anatema
y muchos se complacen con lo inmundo
como un hueso entretiene al animal.

Auxilio

Santa María, Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros

Cuando estemos hundidos, totalmente en la ruina moral y sin bandera, sin nación, sin derecho y todos los creyentes vivamos al acecho del delator nacido para servir de espina,

cuando ya no figure más que un rostro maligno en todos los altares y en todas las paredes, y hasta las propias casas se conviertan en sedes de un culto abominable, de un servilismo indigno,

cuando el hombre, soberbio contra Dios, niegue el cielo y en cambio se desviva por vanas utopías, cuando todos los dogmas no sean más que falsías y en los fieles a Cristo haya expresión de duelo,

cuando, por desafío contra el Omnipotente, se erijan pedestales para todos los vicios y muchos dejen valles y busquen precipicios habiéndose apagado las luces de su frente,

cuando el mal se revele sin careta en el mundo y arrastre multitudes cansadas de pensar, –o que nunca han pensado– y accedan a pecar glorificando todo lo pérfido y lo inmundado,

esa será la hora en que la augusta Madre de Dios vendrá en auxilio de todos los cristianos. Roguemos porque sean sus amorosas manos las que nos encaminen a la casa del Padre.

Perversión

Todo canta victoria, una perversa
victoria anticristiana. Crece el mal
y obreros con escuadra y delantal
reparten negras cruces a la inversa.

Un cáliz pestilente y venenoso
convoca a un rito inútil, depravado,
y cada templo tiene destinado
su líder corruptor e ignominioso.

Es la vil contra-iglesia concebida
para la exaltación del humanismo,
apóstata y baldía, cuyo error

provoca su satánica caída
al pozo de un inmundo sincretismo
en el que Cristo no ha de ser Señor.

Gratitud

*Al Rvdo. Padre Juan Carlos Ceriani,
fiel a su Dios y a su grey*

Jesús crucificado, yo te adoro y bendigo
el sublime tesoro de tus padecimientos
y la divina gracia con que tus sacramentos
me hacen menos cizaña y cada vez más trigo.

Gracias por concederme poder ser enemigo
de aquellos que se jactan de sordos e irredentos,
de uvas que no quieren unirse a tus sarmientos,
de quienes, con desprecio, te cierran su postigo.

Confieso que tú eres mi Dios. Es mi estandarte
tu cruz, en alto llevo mi indómito rosario
y el Credo es el resumen de mi honda convicción.

En esta hora amarga me pongo de tu parte
y mientras los que te odian profanan tu santuario
yo me uno a los que alaban tu Sacro Corazón.

Catacumbas

Y guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? (Mt., 7, 15-16)

Oh Timoteo, guarda el depósito, evitando las profanas novedades de palabras y las contradicciones de una ciencia de falso nombre que, profesándola algunos, se extraviaron en la fe. (1 Tim., 6, 20-21)

El rostro de la iglesia muestra su bofetada
mientras entre cadenas asciende hacia el calvario.
La empujan a la muerte, desnuda y flagelada,
jurados enemigos del altar y el sagrario.

Pastores de las sombras retuercen la doctrina,
se ensañan contra el culto con menosprecio ciego,
rehúsan el mandato de su misión divina
y viven coqueteando con azufre y con fuego.

Son los progenitores de una fe adulterada
hija de novedades, cuya revolución
alza su cornamenta contra la cruz dorada,
la Trinidad, el dogma y la Revelación.

Son sepulcros blanqueados que rechinan los dientes,
que encantan con un Cristo raquítico, encorvado,
que asperjen herejías de sus manos y frentes
a pesar de su aspecto religioso y sagrado.

Son ciegos entre ciegos; amados por el mundo,
–porque el mundo aborrece la luz y la verdad–.
Los fieles que comulgan con este culto inmundo
renuncian a sus alas toda la eternidad.

Así el rebaño marcha, caída la cabeza,
ajenos al gran drama: el lobo es el pastor.
El Padre hace un llamado con rigor y dureza
y se adelanta un ángel: el Exterminador.

Argucias y secretos: nada es lo que parece
en esta pseudo-iglesia –ramera de Babel–,
que, adversa al evangelio, perversamente ofrece
la gracia de la lepra, la gloria de la hiel.

Con un fraterno abrazo se aúnan las creencias,
se toman de las manos y saltan al abismo.
Católicos ajenos a sus desobediencias
se adhieren al engendro de un burdo sincretismo.

Sobre un Cristo menguante el hombre se agiganta
ebrio de ese diabólico orgullo que lo pierde.
Desorientado y agrio, el mundo se levanta
contra todo lo sacro, lo repudia y lo muerde.

Rodeados de tinieblas, sufrimos el castigo
de tener que movernos entre muertos y tumbas.
Quien fuera nuestro hermano, es hoy nuestro enemigo.
Los pocos que aún disciernen, velan en catacumbas.

Vaticano II

"El Vaticano II es la Revolución Francesa en la Iglesia"
-Cardenal Leo J. Suenens

*"Por tanto, mi pueblo fue llevado cautivo,
porque no tuvo conocimiento (Isaías 5:13)*

Una abominación desoladora
sembrada donde menos se debiera
embiste contra Dios, profana altares
induce a sacrilegios sobre mesas.

Con la venia papal fueron abiertas
las ventanas al mundo y por ellas
el humo de Satán llenó los templos
seduciendo razones y conciencias.

Fueron los dueños del compás infecto,
esa luciferina y vana secta,
los que infiltraron el sagrado templo
y se adueñaron de sus áureas puertas.

Después, como parásitos voraces,
lo carcomieron todo y de su agenda
surgió la apostasía sediciosa
-fraternidad del mal sobre la tierra-.

Enajenados por el culto al hombre,
coronaron con tiaras su miserias
dando gloria a su plomo venenoso
con el consenso de las masas ciegas.

Las herejías se multiplicaron
hasta hacerse encomiables y las letras
se hincharon, retadoras, en los libros
llenos de ambigüedades virulentas.

Se invitó al execrable ecumenismo,
impío contubernio de miserias
que pretende fundir todos los cultos
en un mismo crisol -oro con tierra-,

aspiración blasfema que equipara
la Verdad a mentiras que debieran
de doblar sus rodillas ante Cristo,
ante su majestad, su realeza.

Tras falsas luces marchan hoy las almas
ajenas al horror que las acecha.
Se ha devastado el sacro contenido
y una cáscara es todo lo que queda.

Un eclipse total envuelve a Roma
y cautivados por la Gran Ramera
los fieles son llevados al exilio
de Cristo por equívoca obediencia.

Estamos advertidos. Es el tiempo
de mantener erguida la cabeza.
Llueven frutos podridos de las ramas.
Es la hora del poder de las tinieblas.

Por el Inmaculado Corazón de María

*"Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón; a quien la abrace, le prometo la salvación y serán amadas de Dios estas almas, como flores puestas por Mí para adornar su trono".
(2a aparición de Ntra. Sra de Fátima, 13 de junio de 1917).*

Por el Inmaculado Corazón de María,
desgranad los rosarios en honor a la Virgen.
¡Que no quede una cuenta sin arder en los dedos
ni una cruz sin un beso, ni un altar que no vibre!

¡Sacrificio! Que el alma se deshaga ante Cristo.
¡Penitencia! Cual uvas en divino lagar.
Enfrentemos la noche con la lumbre prendida
y ataviados de lino para la eternidad.

Que el entrañable golpe de cada mea culpa
sea genuina ofrenda, honda reparación
por tantos sacrilegios, ultrajes y blasfemias
que hoy se perpetran contra la majestad de Dios.

Por el Inmaculado Corazón de la Madre
bendita y dolorosa que nos trajo a Jesús,
vivamos como templos del Espíritu Santo
por amor a su Hijo y lealtad a la Cruz.

Campanas

Señor, yo te pregono como un devoto heraldo
con la campana ronca, fiel y desgarradora
de mi voz persistente que hace eco en los campos
sin que nadie me escuche, sin que nadie responda.

Los pueblos que ayer fueran bastiones tu nombre
hoy siguen falsos dioses hostiles a la altura
que buscan depojarlos de todos sus valores
y sembrar en sus hijos tu odio y tu repulsa.

Pido por ellos, ruego porque consigan verte
más allá de la niebla que los incapacita
para cantar la gloria de Tus amaneceres,
para encender antorchas contra la sombra indigna.

Padre, que se emancipen del yugo del Maligno
en el que ni siquiera ya muchos de ellos creen.
Por la misericordia de tu divino Hijo,
¡que entierren sus mortajas y vuelvan a la fe!

Abre, Señor, los ojos de todos los cristianos
que hoy pastan ante lobos y acampan en lo oscuro.
¡Que no enfrenten la noche con los brazos cruzados!
¡Que escuchen tus campanas repicar por el mundo!

Victoria

Ya muestra su cabeza la serpiente
de arcanos y de cábalas envuelta.
Mas bastará el talón resplandeciente
de la Madre de Dios, firme y resuelta,
¡para despedazarla eternamente!

Reparación

Afligido a tus pies, Señor, indigno
de poner en tu rostro mi mirada,
te invoco ante la furia desatada
de dardos y ponzoñas del maligno.

Todo conspira para destronarte
en un mundo rebelde y fariseo
donde es deber servirte y adorarte
y no me canso de decirte: -¡Creo!

Auxíliame en la lucha que a diario
sostengo contra el polvo de mi vida
y aquellos que reniegan de tu amor

pues otra vez te veo en el calvario
en medio de una plebe enardecida
y quiero acompañarte en tu dolor.

Gracia redentora

Señor, hoy he sentido tu gracia redentora
descender sobre mi alma como un manto de luz
y llenar mi existencia con su sublime aurora.
Me he puesto de rodillas y he besado tu cruz.

Hoy se ha avivado el fuego del Espíritu Santo
en el rincón más pobre de mi mísero ser
y he vuelto a preguntarme: ¿Por qué me buscas tanto
si tan propenso he sido a olvidarte y caer?

¿Por qué oculto misterio persistes en llamarme
con una reticencia que me hace oír tu voz
como un eco perenne que trata de apartarme
de los anchos caminos que distancian de Dios?

Desde lo alto me has visto manosear el mal fruto
prohibido, andar en sombras, ser infiel y banal
sin que desestimaras mi mundo diminuto
de abeja que no acaba de entrar en el panal.

¡Con qué amarga frecuencia mis humanos antojos
han pospuesto el recuerdo de tu santo calvario
y, en vez de pregonarte, he nublado los ojos
de quienes he debido guiar a tu santuario!

No escapa a tu escrutinio mi ocasional tibieza.
Por eso no comprendo cómo esperas de mí
más que barro, cenizas y esta naturaleza
que aun caída y reacia se desvive por ti.

¡Ah, dicha prodigiosa del alma bendecida
a la que el cielo baña con inefables dones
que traen, con el rescate de la postrer caída,
celestes anticipos y gigantes perdones!

Señor, no tengo cómo poder agradecerte
este santo rocío sobre mi humanidad
que hoy me hace ambicionarte más allá de la muerte
y enderezar mis pasos hacia la eternidad.

Concédeme, te ruego, la gracia imprescindible
para reconocerte como sublime bien
porque contigo todo, todo se hace posible
¡hasta un definitivo retorno hacia el edén!



Sancte Michael Archangele,
defende nos in proelio,
contra nequitiam et insidias diaboli
esto praesidium.

Imperet illi Deus,
supplices deprecamur: tuque,
Princeps militiae coelestis,
Satanam aliosque spiritus malignos,
qui ad perditionem animarum
pervagantur in mundo, divina virtute,
in infernum detrude. Amen.